

## En el pórtico del paraíso: ensayo de historia bibliográfica

**"M**éxico se ve inmenso, populoso, multicolor, radiante", era la expresión exaltada del redactor de una guía de la ciudad. El crepúsculo del valle, iluminado por los últimos rayos de la tarde y los primeros centelleos de la luz artificial, desplegaba ante sus ojos un prodigioso caleidoscopio de fulgores y sombras sugerentes.<sup>1</sup>

Era el primer año del siglo veinte. El cielo del valle era "azul, terso, límpido",<sup>2</sup> como habían sido sus cielos desde tiempos inmemoriales, tan puro y azul como lo fue la mañana en que Humboldt, desde las alturas del cerro de Chapultepec, develó para la historia el paradigmático y místico "azul turquí propio del aire seco y enrarecido de las altas montañas".

El arrebató verbal era la síntesis descriptiva del abigarrado conjunto que contemplaba la guía desde la elevación de las torres de la Catedral.<sup>3</sup> Nada en el aire diáfano del valle perturbaba la vista alucinada de la guía. Todo el vasto panorama de la urbe, poblándose poco a poco de penumbras y vibrantes luces, aparecía ante la mirada del oficioso propagandista porfiriano como si fuera la representación alegórica de una visión incuestionable: despojada de

---

Manuel Portillo. Hizo estudios de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras y fue miembro del personal del Instituto de Investigaciones Bibliográficas.

Debido a su extensión, las notas de este ensayo se encuentran al final del texto.

**En la fantasía de quien daba forma alegórica al crepúsculo del valle, seguramente acudían los flamantes hitos de la halagüeña renovación arquitectónica del espacio urbano y las numerosas obras de modernización de los servicios públicos.**

las "sombras, el silencio, la austeridad" que durante siglos habían poblado el lento discurrir de la ciudad antigua, ahora, en los aires renovados por los nuevos tiempos, flotaban el bullicio, los rumores, los murmullos, todos los chispeantes ecos que esparcía la gran ciudad moderna.

En la fantasía de quien daba forma alegórica al crepúsculo del valle, seguramente acudían los flamantes hitos de la halagüeña renovación arquitectónica del espacio urbano y las numerosas obras de modernización de los servicios públicos emprendidas por la administración autocrática del general Díaz en el curso de los últimos lustros del siglo, que iban alterando aceleradamente el rostro antiguo y tradicional de la capital de la República. Tenía él la creencia de que la ciudad de México estaba a punto de alcanzar, finalmente, y no sin esfuerzos dolorosos, las exclusivas dimensiones, largamente acariciadas, del prototipo de la gran ciudad dominada por las expresiones peculiares de la vida moderna, perceptibles en el ritmo efervescente de la ciudad: la multitud en movimiento, los rumores de la muchedumbre y la agitación de la vida comercial. La actividad vertiginosa y frívola del divertimento; las novedades de los adelantos técnicos: los tranvías, la luz eléctrica, el cinematógrafo, la fotografía instantánea, los anuncios luminosos.

Ese era el supuesto cuadro, literario y grandilocuente, real e imaginario, que percibía el redactor de la *Novísima guía universal* de la ciudad de México editada por A. Prantl y J. L. Groso en el año de 1901. Una ciudad magnífica. La hazaña de una esforzada y persistente generación de "héroes modernos", infatigables constructores de una época ejemplar y promisoriosa:

[...] el bullicio... la agitación de la vida comercial, el clamoreo de una populosa ciudad movida por esa inmensa maquinaria que se llama trabajo... las necesidades que lo hostigan, los vicios que imperiosamente lo reclaman, el lujo, la ambición, la vanidad, el egoísmo... ¡Cuánta luz, cuánto bullicio, cuánta agitación, cuánto deleite; mas también cuántos dolores secretos!<sup>4</sup>

Ciertamente, era poco, muy poco, lo que sus contemporáneos podían invocar en contra de la satisfacción y la certeza que difundían las páginas de la *Novísima guía*. La expresión parecía imparcial. Ni los halagos eran excesivos ni era desmedida la exaltación del ámbito urbano.<sup>5</sup> A pesar de las deficientes condiciones sanitarias de la ciudad de finales del siglo XIX, remanentes materiales de un *atraso* que de vez en cuando levantaba gemidos y airadas quejas, las conciencias porfirianas asistían entusiastas a los fastos de la moderna renovación de la capital de la República.

Aquella floreciente primavera de modernidad sería tema del estupor y del asombro diarios que compartían los comentaristas porfirianos, quienes solían expresar su admiración hacia las notables mutaciones ocurridas en la fisonomía de la ciudad de finales de siglo, mediante la obligatoria comparación de las certezas del presente con las reminiscencias de la ciudad antigua.<sup>6</sup>

Edificios solemnes, muros opulentos, calles ordenadas, barrios relucientes. Una ciudad culta, innovadora y laboriosa, emergía irresistible desde los fondos lóbregos de la ciudad colonial. Nacía pujante una ciudad animada por principios de belleza, nociones de salubridad y exigentes criterios de orden al servicio de sus habitantes. Surgía impetuosa una capital nueva, llena de luces y promesas de un progreso fundado en los prodigios de la ciencia. En 1906,

**A lo largo de los años del gobierno personal de Porfirio Díaz, su administración había realizado significativos progresos materiales en beneficio de la capital de la República.**

Jesús Galindo y Villa subrayaba la evidencia de este hecho:

Quien haya conocido la ciudad hace un cuarto de siglo, quedará asombrado de la transformación en ésta operada, y de las numerosísimas mejoras llevadas a cabo, algunas fundamentales y de grande importancia.

En todos los ramos municipales, propiamente dichos, se enumeran obras cuantiosas o reformas radicales, reclamadas por los adelantos del siglo, las necesidades de la población y la cultura alcanzada por la capital de la República.<sup>7</sup>

Es cierto, y se estará de acuerdo sin titubear, que a lo largo de los años del gobierno personal de Porfirio Díaz, su administración había realizado significativos progresos materiales en beneficio de la capital de la República. Algunos eran asombrosos. Entre éstos, las magnas obras de ingeniería del desagüe del valle, inauguradas el 17 marzo de 1900, resultaron un acontecimiento extraordinario, digno de guardarse entre los sucesos más relevantes de la historia de la ciudad. La sociedad porfiriana vio en ellas el arbitrio decisivo que pondría fin a los lodazales y aluviones que, según la crónica de Manuel Gutiérrez Nájera, convertían las calles de la ciudad decimonónica, en "un mar fétido" donde se hospedaban "las amarillas tercianas y el rapado tifo".<sup>8</sup> Aquella sociedad ilusionada por la higiene, confiadamente supuso que la desecación del "lago corrompido" representaría la desaparición del "cadáver en descomposición"; la extinción de aquel recipiente de "materias excrementicias" que arrojaba gases pútridos sobre la ciudad.<sup>9</sup>

No hubo duda. El espíritu pomposo, rendido y obsecuente de los porfirianos, interesados en glorificar y difundir en el veredicto de la historia la figura

"temida y admirada" de su guía supremo, imaginó la ciudad de México, la capital de la nación, transformada en "una de las más agradables mansiones, entre las capitales de las Repúblicas americanas, por su hermosura, salubridad y clima".<sup>10</sup>

Si bien los porfiristas atribuyeron a Díaz la paternidad de la gesta y pregonaron con bizzarría las proezas administrativas del general, en realidad, el impulso decisivo de las obras de desagüe se había iniciado en los sustratos anímicos de la sociedad ilustrada, cuando una "terrible epidemia de tifo"<sup>11</sup> provocó hacia el año de 1876 una urgente llamada de alerta en la opinión pública y puso en marcha los recursos de la medicina del siglo.<sup>12</sup> La insalubridad del valle y las deplorables condiciones sanitarias constituían, en el veredicto de la medicina y en el dictamen de los hombres del progreso, una amenaza manifiesta que demandaba la urgente determinación para aplicar las medidas de higiene pública que fueran necesarias con el fin de extinguir ese entorno deletéreo que ponía en riesgo la supervivencia misma de la ciudad.<sup>13</sup> Unos años después, la advertencia cristalizaría en concluyente decisión administrativa para eliminar las causas de los "miasmas deletéreos" y los aires corrompidos que asediaban a la capital de la nación.

En 1886,<sup>14</sup> atrapado entre los hilos de la madeja del poder, "las fiebres paludeanas"<sup>15</sup> y las exigencias del decoro, la salud y la higiene públicas, el gobierno de Díaz habría de convertir en contundente y ostentosa acción política del régimen modernizador aquellas apremiantes inquietudes fraguadas en la sociedad por preservar "la salud, comprometida por el desaseo", y las "altruistas" esperanzas generadas en los políticos y en los hombres de negocios por "salvar a la Capital de la República de su completa ruina".<sup>16</sup>

**Pausadamente, la reseña recorrió los rumbos de la ciudad deteniéndose a examinar los aspectos dominantes del magnífico cuadro de luces y penumbras que ofrecía el panorama de la metrópoli moderna.**

Esas magníficas obras hidráulicas del desagüe del valle y de saneamiento de la ciudad, que hoy vemos discurrir en el horizonte de la historia, con la apariencia de ser la culminación de una empresa pretérita de intentos repetidos en el tiempo, significaron, para las conciencias porfirianas deslumbradas por el ímpetu vertiginoso de un gobierno constructor, el éxito categórico del orden civilizado sobre los dominios de la naturaleza.<sup>17</sup> La refundación victoriosa de un reino salubre de bienestar y concordia humanos. El triunfo irrefutable de la ciudad moderna sobre la tradicional ciudad de los virreyes.<sup>18</sup>

Estas eran las luces y estos los prejuicios que iluminaban el hipotético escenario mental del redactor de la *guía*, cuando alucinado contempló desde las atalayas ¿imaginarias? la perspectiva múltiple del valle de Anáhuac. La impresión era previsible. El paisaje habría de atestar generosamente lo que se sabía de antemano: "Soberbio —asentó— es el golpe de vista que ofrece la ciudad desde las torres de la Catedral".

El apunte hiperbólico dejaba adivinar la cadencia de un itinerario visual sobre las bellezas de la urbe. Pausadamente, la reseña recorrió los rumbos de la ciudad deteniéndose a examinar los aspectos dominantes del magnífico cuadro de luces y penumbras que ofrecía el panorama de la metrópoli moderna: las calles y las avenidas principales, los almacenes comerciales, los edificios públicos y las mansiones privadas, los jardines y los paseos, las plazas y los barrios residenciales... Y, más allá de los linderos reconocibles, hacia la serranía del sur, un extenso valle cubierto por la bóveda del cielo: los imperios luminosos de los aires embalsamados. Llanuras y lagos; relucientes pueblos de paredes blancas, de verdes huertos, de árboles y flores.

Fiel a los sentidos, condición indispensable para robustecer las convicciones sobre los dilemas del futuro, la *guía* dio cuenta puntual de la existencia de un mundo contumaz (la herencia nefasta): seres infelices hacinados entre las inmundicias de barrios de "calles angostas, sucias y tortuosas", de arroyos sin pavimento; de construcciones ruinosas y arrabales miserables de tejamanil y de adobe.<sup>19</sup> Vestigios de un pasado astroso.<sup>20</sup> Mundo hostil, envilecido por la sociedad, renuente a los avances de la civilización. Enemigo amenazante del nuevo orden.

Ninguna imagen simbólica escapó al escrutinio de la mirada de la *guía*. Allí están, frente a sus ojos, colindantes con las construcciones nuevas, las cúpulas y las torres coloniales, los signos persistentes del México viejo y testimonios antiguos de una arquitectura pesada y sobria. También allí, en el poniente y alejados de los territorios indeseables, los muros prominentes y risueños de una zona residencial, notable por los "techos grises e inclinados", que resultaban gozosos estímulos para la fantasía de aquellos que anhelaban transportarse "en alas del pensamiento a un barrio extramuros de París o, mejor, a un rincón de Suiza". Formas placenteras, tangibles y recientes de un "rumbo hermoso" que iba poblándose de mansiones suntuosas edificadas en las márgenes de una larga calzada bordeada "a derecha e izquierda de eriguídos eucaliptos y hojosos fresnos": el *Paseo de la Reforma*.<sup>21</sup>

No hacía mucho tiempo, tan sólo unas décadas atrás, apenas tres años y unos meses antes de que Porfirio Díaz diera satisfacción con las armas a sus ambiciones de poder político, las frondas de los árboles que contemplaba hechizado el redactor de la *guía* eran sólo

**Fiel a los sentidos,  
condición  
indispensable para  
robustecer las  
convicciones sobre  
los dilemas del futuro,  
la *guía* dio cuenta  
puntual de  
la existencia de un  
mundo contumaz.**



Poniente de  
la ciudad  
de México.



Paseo de la  
Reforma.

unas letras escritas con tinta sepia sobre unas hojas de papel. En enero de 1873 una inteligencia clara, acrisolada en sabias (y codificadas) virtudes burguesas, advertía que había llegado a la nación la hora de avanzar por la ruta del progreso y seguir los caminos previamente señalados por las naciones del mundo civilizado. Había llegado ya el tiempo, en la opinión de esta conciencia de espíritu dinámico y empresarial, de renunciar a las teorías reformadoras y el momento de convertir los actos de gobierno en obras tangibles que "respondieran eficazmente a las exigencias que imponía la convivencia civilizada".

Con fecha 7 de enero 1873, la Comisión de paseos del Ayuntamiento de la ciudad de México presentó a las deliberaciones del Cabildo, un incitante proyecto que contenía una meditada exposición de los principales trabajos de jardinería, horticultura y riego, y un recuento general de los medios materiales y humanos, que a su juicio, eran necesarios para el arreglo de la otrora imperial y entonces polvorienta y descuidada calzada de la Reforma.

Eran perceptibles en la exposición del *Proyecto* un cierto dejo de impaciencia y un cierto tono de mando y de comedita exigencia. La responsabilidad y el sentido de buen gobierno imponían, se razonaba, el deber ineludible de rescatar del estado de abandono y destrucción en que se hallaban las plazas y jardines públicos de la ciudad, mediante la ejecución de "obras duraderas y de utilidad general". Había también un aire de sano convencimiento, donde se podía intuir la existencia de probables conocimientos e inteligencia en la materia. La exposición señalaba que el mes de enero era "el tiempo para plantar árboles".<sup>22</sup>

Era "muy preciso el tiempo", discurría la Comisión, para demandar, "con dispensa de trámites", la

**Eran perceptibles en la  
exposición del  
*Proyecto* un cierto dejo  
de impaciencia y un  
cierto tono de mando  
y de comedita  
exigencia.**

aprobación de un paseo arbolado en beneficio de toda la población. La Comisión proponía la "inmediata y urgente formación" de un paseo que fuera digno de la capital de la República: un lugar de recreo, una larga calzada empedrada y bordeada de "una hermosa arboleda"; ordenada, limpia, sembrada de pasto inglés y adornada con flores bien cuidadas y vistosas. Así, y para certificar la necesidad de la idea, interpuso en el hilo de su argumentación dos cuestiones que en esos tiempos resultaban verdades inobjetables que, era previsible, tendrían la aprobación del Cabildo:

Los lugares de recreo —afirmaba— son una prueba de civilización y del empeño que toman los gobiernos en suavizar y mejorar las costumbres de los pueblos por medio de espectáculos tan inocentes como agradables. No hay por lo mismo necesidad de encarecer la importancia de una obra semejante.<sup>23</sup>

Quizá hubiera sido suficiente la mera alusión a los sacralizados conceptos de civilización y buen gobierno para que la idea fuera admitida sin dilación, sin embargo, en su afán de robustecer el cuerpo de su idea y excediendo un poco a la incontrovertible autoridad de estos conceptos, la Comisión sumó a sus explicaciones la exposición de otros temas relevantes.

La idea de plantar unas hileras de árboles, que desarrollaran follajes frondosos, a lo largo de tres leguas bordeadas de extensas franjas de prados tapizados de flores y césped, respondía a intereses aún más apremiantes que los elementales criterios de ornamentación de paseos y jardines públicos, usualmente reconocidos entre las actividades rutinarias de la gestión municipal. También eran razones establecidas por la exigencia de la vida civilizada y, asimismo, se

hallaban entre las fórmulas de la sabiduría administrativa. Los designios clásicos de la ciudad ideal reclamaban a sus directores y administradores la ejecución de medidas útiles, urgentes y oportunas, que procuraran el bien y la salud de los habitantes de la capital de la República, asediada por "aguas estancadas", "calenturas malignas" y "miasmas pestilentes".

De este modo, la patente autoridad en cuestiones de jardinería y entendida inteligencia en temas de higiene y en terapias naturales proponían, además del elemental arreglo y la tradicional poda de chopos, sauces y fresnos de la calzada, la introducción de una idea de orden experimental, ingeniosa y atractiva (ingenua y errónea, pensaríamos ahora): "desarrollar la aclimatación" de eucaliptos gigantes que, —afirmaba la Comisión en la parte introductoria—, tenían propiedades febrífugas,<sup>24</sup> y agregaba:

[...] contribuirán muy eficazmente a hacer desaparecer el tifo, las fiebres intermitentes y otras calenturas malignas que se desarrollan por los miasmas palúdicos que se desprenden de las aguas estancadas que se hallan en derredor de la capital.<sup>25</sup>

Pero esto no era todo (por si fuera poco pretender combatir el tifo y el paludismo con aromas de eucaliptos). El *Proyecto*, asimismo, alojaba en su seno un manojito de asombrosas ilusiones. La imaginaria calzada ornada de flores y frondas, no sería, en términos estrictos, una vía de comunicación entre la ciudad, el bosque de Chapultepec y la vecina población de Tacubaya; tampoco sería una más de las calzadas pobladas de árboles frondosos, que desde tiempos antiguos unían la ciudad con las poblaciones vecinas; la Comisión proponía un territorio de naturaleza distinta: sería un paseo democrático, donde concu-

**Los bálsamos purificadores imaginarios y la salud y el recreo dulcificante anhelados tenían por designio principal, en realidad, los privilegios asociados al nombre y al dinero.**

rrieran en equilibrio sosegado el tránsito de vehículos, la belleza, la salud, la moral y las buenas costumbres:

En esos lugares todas las personas, sea cual fuere su condición social, encuentran un sitio de sencilla distracción que influye de manera muy directa en dulcificar los hábitos sociales ejerciendo a la vez una influencia benéfica sobre la salud.<sup>26</sup>

Sin embargo, y a pesar de las buenas intenciones de concordia, los propósitos igualitarios y de buen gobierno enunciados por aquella Comisión de paseos, no eran ajenos a la declaración tácita de ciertas preferencias de índole social. Aunque el democrático Guillermo Prieto, no sin asombro, reconocía que los plebeyos alternaban por momentos con las damas y los caballeros de fina educación y convincente riqueza, los refinamientos de la sociedad democrática o los encantos de la imaginaria sociedad sin clases, no causaban insomnios en esas cabezas liberales que se declaraban amantes apasionadas de la civilización. Los bálsamos purificadores imaginarios y la salud y el recreo dulcificante anhelados tenían por designio principal, en realidad, los privilegios asociados al nombre y al dinero (análogo interés al de cierta ventura que anda prometida en el discurso oficial actual). Tres eran los destinatarios inequívocos de las singulares delicias de bienestar que ofrecía el autor del *Proyecto*:

Uno: la "buena sociedad", la sociedad que formaban las "familias acomodadas" de la metrópoli, que tenían la distintiva costumbre de pasear enclaustradas en sus carruajes; dice Altamirano que este hábito era de "buen tono", aunque nosotros podemos suponer que tal refinamiento de la moda obedecía,

como lo afirma el *proyectista*, a que las damas "de sociedad", recludas en sus coches, pretendían evadir los malos olores y evitar los proverbiales lodazales y las diarias inmundicias de la calle.

Dos, el "bello sexo" (galante y educada frase decimonónica) a menudo sorprendido por inexorables dolencias que borraban la alegría de su mirada y empañaban la nitidez de su belleza:

Las familias acomodadas no se verán como ahora obligadas a circular encerradas en sus carruajes por temor a miasmas pestilentes y a las desigualdades de un terreno descuidado, sino que se podrá andar a pie durante cualquier estación pues siempre tendrán un piso cómodo, una sombra agradable, flores hermosas y aromas delicados que se respiran en el aire puro del campo. Así desaparecerán esas enfermedades nerviosas que hoy aquejan a nuestro bello sexo y, la comunicación de unas familias con otras, convertirá esos lugares en verdaderos sitios de recreo que mantendrán y fomentarán los vínculos sociales.<sup>27</sup>

Y tres, y de manera muy especial, los que tienen con qué y por qué pagar impuestos:

[...] a las personas que pagan contribución municipal por carruajes de su propiedad y que no tienen un sitio donde poder con comodidad respirar el aire libre ni hacer ejercicio.<sup>28</sup>

En suma, y desde nuestro punto de vista, este artificio intelectual del urbanismo decimonónico, que anda en la búsqueda del "aire libre" y persigue el bienestar ciudadano, congrega juiciosamente una colección de promesas en torno a la felicidad humana, altamente representativas y testimoniales de la cultu-

**En suma, y desde nuestro punto de vista, este artificio intelectual del urbanismo decimonónico, que anda en la búsqueda del "aire libre" y persigue el bienestar ciudadano, congrega juiciosamente una colección de promesas en torno a la felicidad humana.**

**Es un lugar común de nuestros días referirse con insistencia a las bondades y los efectos benéficos sobre la salud psíquica y corpórea que trae consigo el ejercicio físico que se realiza en lugares abiertos y arbolados.**

ra utilitaria y sentimental del hombre letrado de mediados del siglo XIX: observaciones sobre el orden y la vida civilizados, fe en la experiencia de la voluntad, sabidurías de buen gobierno, teorías terapéuticas entresacadas de las prácticas curativas admitidas por la medicina, seductoras exigencias de lo bello y rigurosas reivindicaciones de lo útil.

Conclusión que, por otra parte, no nos impide hacer algunas conjeturas sobre la personalidad del proyectista del futuro Paseo de la Reforma. Quien, amén de ostentar prudencia administrativa, de manifestar afanes perfeccionistas de civilización y de exhibir una especial predilección burguesa por los placeres que prodigan las bondades atribuidas al aire puro, profesa una evidente admiración plebeya hacia los aristocráticos "trenes" relucientes de fortuna y bienestar. Indudablemente, un buen liberal altruista, un ilustrado relevante, bien nutrido en los dogmas perfeccionistas del progreso.

Es un lugar común de nuestros días referirse con insistencia a las bondades y los efectos benéficos sobre la salud psíquica y corpórea que trae consigo el ejercicio físico que se realiza en lugares abiertos y arbolados. Por lo mismo, somos de la opinión de que los ojos posmodernos, ajenos ya a las emociones que nacen del asombro, habrán de percibir en los "miasmas palúdicos" y en las "propiedades febrífugas" de los que habla el urbanista decimonónico, una buena dosis de medicina extravagante que se halla confinada, irrecusablemente, en los archivos de la historia. Es decir, nuestros ojos doctos, atiborrados de escepticismo irracional verán, sonrientes, en las ideas que sustentan el fondo racional explícito de la exposición del *Proyecto*, un conjunto de creencias asocia-

das a los dogmas que dominaron el ejercicio de una medicina premoderna, estacionada en las inmediaciones de la bacteriología.

La teoría que vio en los *miasmas*, generados supestamente en las materias en putrefacción y transportados por aires malsanos, los agentes deletéreos de las enfermedades, fue una creencia ampliamente extendida entre los hombres ilustrados a lo largo del siglo diecinueve. En 1873, era una idea de valor vigente.<sup>29</sup> Ciertamente, era una creencia de orígenes remotos, relacionada con la cultura griega y con la medicina de Hipócrates. Era, entonces, una idea antigua, tanto como lo eran las ideas que exaltaban los atributos saludables del aire puro en oposición a los hedores nocivos asociados a los aires corrompidos.<sup>30</sup>

En rigor, el suntuoso *Paseo* imaginado en enero de 1873 puede ser visto como el fruto de un manojo de dogmas relacionados, unos, con la salud del cuerpo y la salubridad del entorno natural, y otros, inherentes a la felicidad espiritual. La Comisión dócilmente refrendaba ciertas ideas curativas y reiteraba nociones que vagaban en el formato intelectual y en el repertorio de sueños culturales de felicidad sensitiva que profesaba el ciudadano ilustrado de la ciudad decimonónica. Entre ellas, la preceptiva de buen gobierno que, aconsejada por la higiene del siglo y por la moral de la sociedad, encomiaba la imponderable utilidad pública de los lugares de recreo y esparcimiento y exigía, en congruencia con sus máximas, el arreglo y la buena conservación de las áreas públicas. Ciudades ideales, políticas públicas y preceptos de buen gobierno. Herencias renacentistas del racionalismo del siglo xviii.

Antes de ese año de 1873, mucho se había dicho y pregonado sobre el aire puro y limpio, y mucho se había publicado sobre las influencias del paisaje natu-

**Hacia 1843, ni cerca ni lejos de la fecha del Proyecto, Manuel Payno y Guillermo Prieto, feraces periodistas, dejaron en sus escritos los rastros inconfundibles de las aspiraciones románticas por encontrar la huidiza armonía del yo con el mundo externo.**

ral sobre los estados del alma (el agua, las fragancias, el follaje, la luz).<sup>31</sup>

Hacia 1843, ni cerca ni lejos de la fecha del Proyecto, Manuel Payno y Guillermo Prieto, feraces periodistas, dejaron en sus escritos los rastros inconfundibles de las aspiraciones románticas por encontrar la huidiza armonía del yo con el mundo externo. Allí aparecen, confundidos entre las sustancias de las ensoñaciones, los vestigios de anhelos urbanos saturados de preferencias olfativas y predisposiciones visuales hacia el paisaje autóctono. En una de sus crónicas de la ciudad, Guillermo Prieto escribió lo siguiente:

*Todas las naciones cultas de la tierra, en sus paseos y obras de recreación pública, han presentado las páginas fieles, como dice un sabio, de su estado de cultura.*

Y así, tras la confianza discrecional sobre la imperfección de la cultura propia y bien provisto de ambiciones por alcanzar el refinamiento de las naciones cultas, emprendió Prieto, con las fibras sensibles de la emoción nacionalista a flor de piel, la búsqueda de las señas particulares de la nación, a través del recurso de la comparación entre el modelo de la ensoñación y la realidad tangible de las costumbres nacionales. Prieto arribó interrogante a la necesaria crónica de los sitios de recreo de la ciudad, donde nosotros hallaremos las imprescindibles (e indispensables) referencias sensitivas a los jardines de la Alameda, con sus prados, sus perfumes y sus frondas:

Aquellas calles sombrías de fresnos y sauces que enlazan en algunas partes sus ramas frondosas, formando un dosel de esmeralda... aquellos triángulos, muchos

de ellos formando un bosquecillo de mirtos y rosas, alelíos y violetas, que *perfuman el aire* bajo el ramaje melancólico y abatido de los sauces llorones... La Alameda es un *recuerdo de flores y perfumes*...<sup>32</sup>

En otro sentido, aunque en el mismo filón del nacionalismo sensorial de Prieto, revelador involuntario del fondo de sus comportamientos políticos y de sus actos culturales, su joven amigo Manuel Payno acuñó a otro de los elementos que dieron alimento con su *romanticismo* a la pasión por develar y describir los rasgos esenciales de la identidad de la nación: el inventario de bienes nacionales. Hechizado por el paisaje de la calzada que una mañana dulce recorría en viaje sentimental rumbo a San Ángel (el camino que conduce al mítico paraíso patriarcal, edén que más tarde reaparecerá, en el conocido óleo de Velasco, ensombrecido por un farallón fabril amenazante), Payno daba rienda suelta a la celebración de la campiña hermosa y pródiga (la riqueza y la belleza del suelo mexicano, tan del gusto y del encomio de las conciencias liberales) y, en ella, evocaba los leves aires perfumados por las flores del valle de Anáhuac:

Quien ve estas alfombras de verde esmeralda que circundan a México, esas calzadas de álamos y sauces que atraviesan por medio de los campos de trigo y maíz, no puede menos de bendecir la mano de Dios que *prodigó tanta hermosura, tanta fertilidad en este suelo*... no hay cosa más grata que vagar en una de estas calzadas, *respirando la brisa suave y aromática de las flores*.<sup>33</sup>

Para escribir su reseña sobre la Alameda, Guillermo Prieto recurrió a otras crónicas sobre el mismo tema, según lo reconoció él mismo, escritas con anterioridad por otros autores. En una de éstas, "La Ala-

**Payno daba rienda suelta a la celebración de la campiña hermosa y pródiga (la riqueza y la belleza del suelo mexicano, tan del gusto y del encomio de las conciencias liberales) y, en ella, evocaba los leves aires perfumados por las flores del valle de Anáhuac.**

meda de México", que apareció en 1841 en el primer tomo del *Semanario de las señoritas*, y lleva las siglas de I. G. (¿Isidro Rafael Gondra?), se lee un párrafo en que el autor invita a sus amables lectoras a "hacer de la Alameda el paseo más nuevo y divertido de la República":

Si en lugar de esas hileras de coches que a estilo de duelo [...] se confunden y agolpan en el pequeño recinto de la Alameda, se estableciese poco a poco la costumbre de pasear a pie por las mañanas temprano o por las tardes, a más de útil que sería este ejercicio para su salud, respirarían el aura balsámica y el ambiente puro de que tanto necesita su delicada complejión, y por último sus gracias y sociabilidades tendrían una amplitud demasiado considerable.<sup>34</sup>

Son tan próximos los temas de este pasaje con los puntos que se despliegan en el texto sobre la remodelación del *Paseo*, que casi se podría decir que allí están contenidas las raíces intelectuales del *Proyecto*. Sin embargo, el *casi* nos pone a salvo de asentar como verdad lo que no es más que una simple conjetura.

El tema de los aires embalsamados (y de los aires pútridos, su pareja inseparable) y los asuntos colaterales que se manifiestan en el *Proyecto* de 1873, tienen otros antecedentes en el ámbito de la tradición criolla, aún más alejados en el tiempo que los precedentes del periodismo (*romanticismo*) liberal de la quinta década del siglo; antecedentes que podrían remontarse al menos cien años atrás. En 1772 el insigne ilustrado criollo José Ignacio Bartolache, en la sexta entrega del *Mercurio Volante* sustentó, con la autoridad concluyente de la sabiduría médica, que una de las causas no principales del mal histérico se hallaba en:

[...] que siendo México una ciudad populosísima, abunda sobremanera en inmundicias y malos vapores que hacen el aire malsano y corrompido.<sup>35</sup>

En ese escrito, Bartolache no prescribió lo que podría haber sido la consiguiente terapia curativa para ese conocido y epidémico padecimiento femenino: el abandono de la ciudad, el éxodo temporal hacia los pueblos embalsamados por los aires puros del valle, donde damas y damitas hallarían el remedio eficaz para calmar los sufrimientos. Seguramente, en esa ocasión no estimó necesaria tal recomendación pues, examinando las causas principales del mal, habría recetado lo que entonces sería lo primero e indispensable para aliviar esas dolencias: disminuir el consumo de chocolate, usar floja la ropa, levantarse temprano. No pócimas ni cataplasmas, sino reminiscencias del viejo Hipócrates, convertidas en prácticas elementales de medicina natural.

Pero Bartolache, siempre solícito en dispensar remedios benéficos para la salud de sus coetáneos y preocupado como estaba por la precaria salubridad de la ciudad, publicó en entregas sucesivas del *Mercurio*, bajo el atractivo título de *Consejos para vivir mucho tiempo*, la traducción emprendida por él mismo de la *versión francesa publicada en París en 1701* de un texto célebre de un médico veneciano del siglo xvi, Luis Cornaro (libro reeditado varias veces en Francia a lo largo del siglo xviii). Ahí podemos leer, como lo hicieron en su tiempo los lectores del *Mercurio*, los principios de higiene que, aseguraba el médico veneciano, habrían de contribuir a prolongar la existencia humana, y hallaremos la descripción de lo que deberemos entender como un ideal de vida al que pueden aspirar los hombres que sepan escuchar las máximas de vida sobria:

**En ese escrito,  
Bartolache  
no prescribió lo  
que podría haber  
sido la consiguiente  
terapia curativa para  
ese conocido y  
epidémico  
padecimiento  
femenino: el  
abandono de la  
ciudad.**

Vivo en una casa —dice el octogenario médico veneciano— que, a más de estar situada en el más bello cuartel de Padua, es de las más cómodas y alegres que hay en toda la ciudad [...] Paso los meses de abril y mayo, septiembre y octubre en mi casa de campo que tengo en un paraje de los más hermosos que puedan imaginarse. *El aire es sano, las avenidas bellas, los jardines magníficos, las aguas claras y abundantes*; de manera que la estancia puede compararse con las más deliciosas y amenas de la tierra [...] *No era así en otro tiempo cuando el lugar estaba pantanoso y se respiraba un aire malsano e impuro*, tanto que parecía más propio aquello para ranas y culebras que no para gentes.<sup>36</sup>

Parece evidente que Bartolache ofrecía a los lectores novohispanos, mediante la difusión de la obra del doctor veneciano, las ideas de una medicina orientada al arreglo de las normas de vida personal y, entre líneas, anotaba los medios concluyentes para acabar con los efectos nocivos de las aguas estancadas que cercaban la ciudad de México. Pero es posible también entrever en esta medicina, en esta "estrategia de desodorización",<sup>37</sup> además de una esperanza de alivio para la ciudad asediada por inundaciones y zonas pantanosas, la trascripción de las notas melódicas de una machacona tonada de templanza: prolongar los años de vida, purificar el aire, decorar la morada que se habita, poseer una casa de campo, respirar la calma de las tierras labrantías. Anhelos ilustrados de vida sobria que reparan las angustias de la calle y los artificios de la vida citadina a través del abandono temporal de la vivienda urbana y el gustoso y eficaz encuentro con el campo y con la quinta de retiro.

Salud, delicias, belleza, bienestar social, concordia; es decir, felicidad. Sueños antiguos de templanza que el mundo virreinal convertirá en "principios

políticos" racionales a través de la notable exposición de un esclarecido promotor: el autor anónimo de las *Reflexiones* sobre la vida urbana de la ciudad de México en 1788.<sup>38</sup>

*Reflexiones* que aquí nos apresuraremos a definir como los *delirios optimistas de la razón* especulativa que edifica la ciudad perfecta, y que hoy se nos figuran ingenuos desvaríos convertidos en arbitrios y providencias públicas, interpuestos con el fin de hacer "más agradable la residencia [...] y en cierto modo, indirectamente, la salud de los habitantes".<sup>39</sup> Así, advertido sutilmente por las reivindicaciones apremiantes de la higiene y la sabiduría de la medicina, el autor de esas *Reflexiones* propuso: orden, belleza, salud, como los cimientos que habrían de sustentar la perfección y la comodidad de la vida civilizada, es decir, muy siglo XVIII, la *felicidad* del hombre.

Entre los variados asuntos que aborda con la intención de poner orden en el rompecabezas de la urbe novohispana, este inteligente portavoz de medios infalibles dedicó a los paseos de la ciudad, la Alameda y el de Bucareli, los talentos de su juicio crítico, la autoridad de sus clásicos de arquitectura y el "buen gusto" de sus preceptores de arquitectura del paisaje.<sup>40</sup>

Este urbanista es un indulgente e ilustrado jardinero. Despliega elocuentes criterios de gobierno encaminados a favorecer el bien público y finca las estrategias del concierto urbano en rigurosas consideraciones de belleza. Igual que el decimonónico autor del arreglo del *Paseo*, el desconocido proyectista del siglo XVIII tuvo la certeza de lo innecesario que resulta "persuadirse con demasiadas razones, de lo regular y útil" que son estos parajes (la Alameda y el Paseo de Bucareli) en el decoro y aseo de la ciudad, y, advirtió, también, que los paseos de la ciudad estaban "des-

***Reflexiones* que aquí nos apresuraremos a definir como los delirios optimistas de la razón especulativa que edifica la ciudad perfecta, y que hoy se nos figuran ingenuos desvaríos convertidos en arbitrios y providencias públicas.**

**En el escenario mental del anónimo urbanista novohispano, el parque público (la alameda, el paseo) es, en esencia, un espacio útil: un jardín de recreo, un jardín de diversión para los habitantes de la ciudad.**

atendidos o casi abandonados" y que era necesario restituirles su dignidad. ¿Mera coincidencia?

En el escenario mental del anónimo urbanista novohispano, el parque público (la alameda, el paseo) es, en esencia, un espacio útil: un jardín de recreo, un jardín de diversión para los habitantes de la ciudad. Espacio útil donde los principios racionales y utilitarios de la arquitectura se han extendido a los terrenos avasallados de la naturaleza. En él, la razón ha impuesto decoro a las formas espontáneas y el orden natural se ha ceñido a los dominios de la geometría y a los artificios utilitarios del poder humano: amplias avenidas, prados regulares, calles rectilíneas, encrucijadas, glorietas, hileras de árboles de frondas recortadas, estatuas de bronce y mármol, fuentes, chorros de agua, setos rasurados; en suma: simetría, orden y concierto. Es decir, el urbanista ha recogido las exigencias especulativas del "jardín francés", las que diseñan un jardín geométrico, privilegio de la línea y complacencia de la vista:

[...] simetría, limpieza, piso llano y amenidad, que no sólo complazca la vista y aun el olfato, sino que también contribuya con otras comodidades o atractivos, al recreo y saludable esparcimiento de los concurrentes.<sup>41</sup>

En este escenario novohispano sometido a los dictados de la utilidad, de la línea y de la perspectiva, el anónimo urbanista nos entrega un puñado de temas conocidos. Ambiciona convertir la Alameda en un espacio útil: un jardín ameno, un recinto social immaculado, un espacio público proscrito a la desnudez y al ocio humanos. Es un retiro de salud, un refugio, reservado a quien huye de la asfixia de la calle. Huida momentánea y placentera. Abandono transi-

torio del hacinamiento infecto. Evasión fugaz a los sombreados reinos de aire perfumado:

[...] en las temporadas en que ofende el sol con su mucha actividad, y en la hora del medio día, proporcionen un refrigerio y descanso muy apreciable para un convaleciente o para los sanos que dedican un rato a explayar el ánimo y recibir aire más puro, fresco y benéfico que el que tendrían en sus casas o en las calles.<sup>42</sup>

Sin embargo, en ese recinto ideal de salud y bienestar terrenos, embellecido por la comodidad y el orden de la simetría que dispone el urbanista, se anticipan, se adivinan, las representaciones de un jardín que perturba los sentidos. Aparecen con sigilo los tenues rastros de un jardín que actúa sobre la imaginación; se asoman por ahí las sombras de un jardín que actúa sobre los estados de ánimo. Al margen del dictado de la línea, en él se muestran los signos sensoriales de un jardín irregular de trazos imprevistos, de sesgos inesperados, aunque sin desprenderse de las exigencias utilitarias del jardinero y siempre constreñidos por las reivindicaciones higienistas de la práctica terapéutica del siglo XVIII. De tal suerte, la Alameda es algo parecido a un fingido recinto de sensaciones deliciosas. Un espacio abierto de par en par al placer de los sentidos (un "sitio de recreo" semejante al que describe Guillermo Prieto) que nos revela, en la insinuación no escrita, los indicios de una de las teorías de los jardines en que, suponemos, ha abrevado el dieciochesco anónimo urbanista. ¿Acaso un pasaje literario de algún autor prohibido de nombre impronunciable?

Veamos cuáles son estos indicios: Frescura y sombras verdes.<sup>43</sup> Verdes y tersos prados que estimulan el placer de los sentidos.<sup>44</sup> Corrientes de agua y tonifi-

**Es posible que sea,  
por no decir  
categóricamente que  
es, don Ignacio  
Cumplido, gloria  
altísima de la  
tipografía mexicana  
del siglo XIX, el autor  
intelectual del  
Proyecto de  
rehabilitación del  
primigenio Paseo  
de la Reforma.**

cantes aires perfumados.<sup>45</sup> Abandonos aparentes y crecimientos libres en los que el jardín redime los diseños imprevistos de las formas libres y espontáneas.<sup>46</sup>

Es posible que sea, por no decir categóricamente *que es*, don Ignacio Cumplido,<sup>47</sup> gloria altísima de la tipografía mexicana del siglo XIX, el autor intelectual del Proyecto de rehabilitación del primigenio Paseo de la Reforma.

Este *es posible* requiere una explicación. Hace algunos años, cuando dio a conocer el texto del Proyecto,<sup>48</sup> Salvador Novo no vaciló en reconocer que el autor fuera Ignacio Cumplido. En efecto, no había razón para ponerlo en duda, todos los datos disponibles convalidaban firmemente esta suposición. Este jalisciense, ilustre prototipo de la tipografía llamada "romántica", además de editor de nombre, distinguido empresario, periodista de renombre, y capitalista acaudalado (ejemplo del muy sajón *selfmade man*) fue regidor del Ayuntamiento y único miembro de aquella Comisión de paseos en los años 1873 y 1874, y en tal virtud presentó el Proyecto que tanto hemos referido en unas cuartillas que rematan con su reconocible firma. Era pues un hecho incuestionable.

Pero, tratándose de un empresario-editor de la dimensión pública que tuvo Cumplido<sup>49</sup> (de "ajustada levita, cuello a la valona y chaleco de gro", que describe Eduardo Enrique Ríos, muy a tono con los textos de Fernández Ledesma en *La gracia de los retratos antiguos*), parecía razonable preguntarse, pues cabía el recelo y aún la sospecha (sobre todo si se mira la usanza del presente) si no anduviera por ahí oculta la pluma alquilada de algún periodista incógnito, o la mano de algún asesor a sueldo que hubiera

redactado por encargo el texto del *Proyecto*. Recuérdese la crónica del *Semanario de las señoritas*, firmada con las iniciales I. G., en la cual hallamos conceptos y temas tan semejantes que le atribuimos circunstancialmente la posible condición de ser el germen del *Proyecto*.

En tal virtud y, en su momento, azuzados por la duda, nos dimos a la tarea ociosa de atender ciertas señas que habíamos detectado en el texto del *Proyecto* y que nos parecía podrían ser los elementos clave para descubrir la identidad del verdadero autor. Estos indicios, que hemos dejado apuntados en otro apartado de este ensayo, se convirtieron finalmente en signos persuasivos, confabulados alegremente en la misión de inducirnos a reconocer, sin reparos, tal atribución.

Nos referiremos aquí, en consecuencia, a algunas muestras del quehacer editorial de Cumplido y a ciertas manifestaciones de la vida privada de este personaje en las que, afirmamos anticipadamente, se revela sumariamente la significativa persistencia de los temas desarrollados en el *Proyecto* de 1873: sus aficiones hacia la vida del campo y el cultivo de las plantas, que fueron del dominio público; su preocupación patente por la higiene del ambiente, y una singular inquietud por promover lecciones de virtud en las almas tiernas de las señoritas mexicanas.

Sería prolijo, para nuestros fines, reproducir los nutridos testimonios que hemos recogido sobre estas inclinaciones de nuestro romántico editor. Aquí, nuestro pretexto e interés de bibliógrafos se limita a apuntar, escasamente, unos títulos editados por el famoso pie de imprenta de la calle de Rebeldes, en los que son visibles los vestigios de esas expresiones singulares de la personalidad de Ignacio Cumplido y que, además, responden al precepto ilustrado, muy del

gusto del empresario y muy en el estilo del siglo de la razón, de unir "lo agradable con lo útil". Guía editorial (y máxima de vida de quien persigue el bien ajeno y encuentra la felicidad personal en el reposo, la salud, el orden, la prosperidad) que se asoma, que se revela, en nuestra opinión, como la motivación central, intelectual y emocional, del *Proyecto* de 1873.

Veamos, entonces, sólo algunas minucias descriptivas de unos cuantos títulos impresos en fechas relativamente tempranas en la casa editorial de Ignacio Cumplido.

Primero (por la proximidad física) la edición de un manualito sobre los principios del cultivo de las plantas de ornato, que tengo entre mis manos, consagrado a la instrucción del sexo femenino, "el más aficionado —dice la presentación— a esta sencilla diversión tan útil como agradable": *El jardinero de balcones, ventanas y aposentos*;<sup>50</sup> una de esas insignificantes rarezas bibliográficas que de sol en sol se encuentran tiradas en el piso y al alcance de los exigüos bolsillos de los vagabundos.

Segundo, la publicación del *Semanario de Agricultura*, revista periódica dedicada a promover las labores del campo, la conservación de los bosques, la horticultura, la cría de ganado, la jardinería y de todo lo que se refiriera al "noble ejercicio del campo, a hacerlo más productivo, a convertirlo en asilo útil y agradable". *Semanario* en que "los redactores", entregados a la exaltación de los trabajos agrícolas, apuraron su emoción sobre la vida del campo y propusieron la búsqueda de una felicidad doméstica al abrigo de los trastornos repentinos de la existencia: la vida rústica que ofrece las dulces satisfacciones que la salud física y moral producen en la vida privada. ¿Acaso el epígono de algún reino ideal popularizado por algún filósofo disfrazado de novelista?

Quisiera el cielo que este nuestro débil esfuerzo logre persuadir a nuestros conciudadanos de que la salud robusta, las pasiones tranquilas, las ideas de beneficencia, la vida que corre insensiblemente, el bienestar privado, las virtudes domésticas, todo esto se halla especialmente en las ocupaciones variadas y laboriosas del cultivador...

Hacerles amar y apreciar la vida tranquila, los dulces e inocentes goces del campo tan conformes con los sentimientos de los mexicanos!<sup>51</sup>

Tercero, *El Mosaico Mexicano*, publicación miscelánea en la que el editor Ignacio Cumplido se propuso reunir "materias útiles" (ciencias, artes, industria, comercio, agricultura) y "agradables" (relaciones de viajes, literatura, biografías, poesía, música, novelitas morales) que tuvieran por objeto, según las ideas editoriales y educativas de Cumplido, "divertir, amenizar, ser fuente de instrucción, almacén de noticias [...]".

En el tomo cuarto de esta miscelánea de divulgación aparece un artículo sobre la "Utilidad de las plantas", en el que se da noticia sobre la relación estrecha que existe entre las plantas, el aire, la pureza y la salud; noción que, sin duda, está vinculada con las creencias que sirven de sustento intelectual al *Proyecto del Paseo de la Reforma*:

Los vegetales purifican el aire, y lo hacen más sano y respirable, absorbiendo los gases insalubres que contiene [...] son útiles plantados a la inmediación de los pantanos o lugares cenagosos, cuyas exhalaciones respiramos cuando los árboles no las absorben.<sup>52</sup>

Además, el tomo quinto del *Mosaico* incluye, con el título de "Los placeres del campo", una traducción donde el autor discurre sobre el ideal de vida en el campo y

**El tomo quinto del *Mosaico* incluye, con el título de "Los placeres del campo", una traducción donde el autor discurre sobre el ideal de vida en el campo y el goce pleno de las dulzuras morales del retiro.**

el goce pleno de las dulzuras morales del retiro. El mismo ideal que emerge de los sueños medicinales de templanza del veneciano Cornaro, según hemos visto:

Todos los hombres forman votos ardientes y continuos por vivir en un amable y tranquilo retiro [...] No debe admirarnos [...] es en el campo donde el verdadero amor, la amistad, la beneficencia, la amable piedad, el respeto a la vejez, y la ternura filial, hacen nacer prodigios; allí es donde se puede encontrar esa paz interior del alma, cuyo sentimiento produce la dulce ilusión de la felicidad pura y amable ¡Oh campo, asilo del sabio! ¡Cuándo me será permitido gozar de tus encantos!<sup>53</sup>

Cuarto y último (primero, por lo que toca a la historia de la imprenta y médula emocional de este ensayo), la edición de dos célebres prototipos del arte de la tipografía del siglo XIX: los volúmenes correspondientes a 1847 y 1851 del anuario que lleva el afectuoso título de *Presente amistoso dedicado a las señoritas mexicanas*.

Detengámonos un momento en la contemplación de estos presentes, generosos regalos para la vista, que despiertan, aún más en nuestros días, emociones placenteras emanadas del asombro. No habremos de prodigar, en estas líneas, los adjetivos huecos que se emplean rutinaria y convencionalmente para referirse a estos volúmenes. Tampoco caeremos en la casi irresistible tentación de repetir las conocidas referencias descriptivas. Los dos expedientes son innecesarios. Los comprensivos apuntes sobre la tipografía del siglo XIX,<sup>54</sup> escritos hace más de medio siglo por la fina sensibilidad de Enrique Fernández Ledesma, saturada de una nostalgia que hurga con devoción en los roperos y baúles de las generaciones idas, en bus-



*Presente amistoso. Dedicado a las señoritas mexicanas. México: Ignacio Cumplido, 1847; 1851.*

**No hay palabras que puedan sustituir a la contemplación viva de estos delicados ingenios que exhiben en las sutilezas del papel impreso, los rastros perdurables de un vehemente apego personal hacia el cultivo de las plantas.**

ca de la patria íntima, a la que asisten el saber sólido y la emoción mesurada, permanecerán insuperables todavía por largo tiempo.<sup>55</sup>

Tímidamente, y como razón abstracta y breve de nuestro aserto sobre la autoría del *Proyecto* de remodelación del *Paseo*, nosotros sólo habremos de recordar, en frases más o menos afines a nuestro *romanticismo* posmoderno, que las portadas litográficas de esos célebres tomos del *Presente...* remedan, en las reducidas dimensiones del impreso, exuberantes pórticos ornamentados con espesos racimos de flores coloridas, donde anidan invocaciones de figuras femeninas. Mientras la portada de 1847 ostenta la alegoría mitológica de una "bella, fantástica e ideal" cazadora, de pródigos y desnudos senos, que reposa pensativa al pie de la fronda de un sabino corpulento, la portada de 1851, evocativa, luce un festón blanco enredado entre las flores de un vergel, que lleva bordados en hilo de oro, como si fueran nombres de exquisitas flores cultivadas en un jardín de follajes perfumados, los nombres femeninos que presumimos eran los más familiares al gusto sentimental del meridía de ese siglo XIX mexicano.<sup>56</sup>

No hay palabras que puedan sustituir a la contemplación viva de estos delicados ingenios que exhiben en las sutilezas del papel impreso, los rastros perdurables de un vehemente apego personal hacia el cultivo de las plantas. Tintas de oro, tintas rojas, azules, verdes, que enlazan los signos candorosos de la galantería masculina, afanada en el deseo de agradecer a las heroínas de la pasión decimonónica con la casi asumida obligación paternal de conducir por los senderos sagrados del bien y la virtud a las flores predilectas del jardín *romántico*. Armoniosos jardines topográficos donde creo haber adivinado, así lo pienso en todo caso, la estampa impresa de un pórtico a

un paraíso social inmaculado. ¿Será acaso la risueña entrada al paraíso multicolor urbano que vislumbra la pasión perfeccionista de los liberales, o será la triste puerta del edén rural premoderno, que la conciencia de los nuevos tiempos mira entre congojas, y al que secreta, y contradictoriamente, desearían retornar los liberales, dando marcha atrás a la rueda del progreso? ¿Presentimiento o nostalgia? ¿Ilusión o pesadumbre?<sup>57</sup>

Queremos creer que estos indicios, que hemos reunido hasta este punto, han logrado desterrar de nosotros las reclamaciones inflexibles de la duda metódica (¿pretexto bizantino?) a que nos hemos sometido voluntariamente. Estas señas, pensamos, contribuirán eficazmente a confirmar la idea de que Cumplido es el "indiscutible" autor, que no hubo mano negra en la redacción intelectual del *Proyecto del nuevo Paseo*. Sin embargo, si hubiera en ellos el aire de ser revelaciones de una interpretación febricitante, testimonios más creíbles rescatarán algo más de esa fragmentaria verdad y quizá así, llegaremos a compartir la cartesiana certeza, precisa y clara, de que sí hay visos de veracidad en lo que hemos afirmado con antelación.

Guillermo Prieto, el reconocible manantial donde abrega buena parte de nuestra inspiración que bautizamos de *romántica*, y quien es el ineludible surtidor de información sobre aquellos tiempos, recuerda en sus *Memorias* que el señor Cumplido improvisó en macetas y cajones instalados en la azotea de su casa "un jardín primoroso de flores exquisitas"<sup>58</sup> (fue un precursor del moderno *roof garden*, dice la atribución de Antonio Acevedo).

Y más aún, sabemos que el acaudalado empresario Ignacio Cumplido, como si fuera un personaje burgués de la Francia aristocrática del siglo XVIII, o

**Cumplido consumió el ideal de vida que difunden sus prestigiosas publicaciones y cumplió el elogio de la vida rústica y la exaltación de los placeres rurales que aparecen en los artículos transcritos del *Semanario de Agricultura* y del *Mosaico*.**

como si habitara en él un sabio estoico que busca la verdadera felicidad en el retiro solitario, vivió en la ciudad y poseyó una quinta en el cercano pueblo de San Ángel: "la antiquísima y aristocrática Casa de Cumplido" que menciona Federico Gamboa en *Santa*, como una de las casas notables de la calzada que iba a San Ángel, donde el impresor dio vuelo a su vocación de horticultor y jardinero y a sus inclinaciones por la aclimatación de árboles exóticos: "mandó traer —dice Fernández del Castillo— gran cantidad de plantas, árboles frutales y de ornato, desconocidas entonces en México, y de esa casa se propagaron a las huertas inmediatas y luego a todo el país. Entre éstas, la rosa verde y las cerezas, que poco a poco fueron degenerando hasta tener sabor de capulines, según me dicen."<sup>59</sup>

En otras palabras, Cumplido hizo fortuna y satisfizo un deseo familiar a los burgueses (deseo que linda en el ensueño extravagante de la pequeña burguesía, ¿no es cierto?). Pasó amables temporadas en el retiro sosegado del pueblo de muros blancos, al abrigo de los placeres mundanos, entre el recogimiento y la expansión del ser, entre el abandono placentero y la dicha que proveen las aficiones a la horticultura y la jardinería. Cumplido consumió el ideal de vida que difunden sus prestigiosas publicaciones y cumplió el elogio de la vida rústica y la exaltación de los placeres rurales que aparecen en los artículos transcritos del *Semanario de Agricultura* y del *Mosaico*. Participó del mismo ideal de vida que enaltece la medicina natural de Cornaro; "la misma lozanía y la salud propia de quien ha tenido una vida sobria y arreglada" y compartió el mismo escenario del viaje sentimental de Payno,<sup>60</sup> quien, no es casual, poseyó también una casa de campo en el mismo pueblo venerable. ¿Acaso el mismo afán descrito y exaltado en

alguna novela francesa de mediados del siglo dieciocho?

Dicho esto, es posible entender ahora, nos parece, la honda dimensión personal que hay en las siguientes líneas del ¡tantas veces! referido *Proyecto* firmado por Ignacio Cumplido (el defensor de la República, el empresario infatigable, el animador de adelantos tecnológicos, el diligente promotor del fomento de la agricultura), que son dignas de la modesta vanidad de quien se sabe perito en trabajos de horticultura y ducho en las labores de la jardinería:

No es posible en este ligero apunte detallar con minuciosidad todas las pequeñas obras de gusto y ornato que pueden emprenderse en un paseo de esta naturaleza y de que tanta necesidad tiene la República.<sup>61</sup>

Aunque hemos apuntado con insistencia que los enunciados del *Proyecto* de Cumplido no son *avant-garde* ni el fruto de ideas originales, sí debemos admitir que hay en el "gusto y el ornato" del *Paseo* una innegable chispa individual. No es desmedido reconocer que el *Proyecto* es la declaración silenciosa de gustos íntimos y pasiones personales. Diríamos que la identidad de Cumplido se descubre en el *Paseo*. Pero también es justo asentir que la expresión anímica que dimana de Cumplido muestra la imagen virtual de un pulido espejo que refleja el rostro espiritual de una época ("la moral y la estética del tiempo", de las que habla Baudelaire). Ignacio Cumplido es el espejo y es la imagen. Exhibe la efusión de los anhelos poderosos de una generación que vemos hoy distante, pero que no nos es ajena. Muestra la figura decorosa y digna, el retrato ideal, la imagen prístina de un escenario urbano excepcional.

**Ignacio Cumplido  
es el espejo y es la  
imagen. Exhibe  
la efusión de  
los anhelos poderosos  
de una generación  
que vemos hoy  
distante, pero que  
no nos es ajena.**

Podríamos escribir, con el arbitrio de la metáfora, que, al mirar la imagen social del *Paseo* (y, entre otras imágenes, las seductoras portadas del *Presente amistoso*...) asistimos a la contemplación del retrato, desvaído por el tiempo, de una sociedad que se quiere opulenta y posa cuidadosamente, ante la cámara manipulada por el fotógrafo, aderezada con la galantería del buen trato y con las actitudes distintivas de las buenas costumbres públicas. Albúmina, seguro, aunque todavía podría haber sido el cobre argentado de los daguerrotipos, que se revela en ese extenso y suspirante ciclo cultural (y comercial, no olvidemos) de publicaciones que salieron de las prensas mexicanas, consagradas a la educación sentimental y al entretenimiento de las mujeres *de buena sociedad*, y que se inicia al finalizar la cuarta década del siglo, a imitación de ediciones europeas (en 1835, el librero londinense Ackermann, con sucursal en México, editó para el público de la América meridional una segunda edición de *El espejo de las señoritas*).<sup>62</sup>

Imagen del modelo de educación que Marcos Arróniz esboza con los pertinentes aderezos emotivos de la época, y que expresa con las debidas llamadas admirativas, en el artículo del *Presente...* de 1851, dedicado a la exaltación de la madre de familia:

¡Cuán dulce es verla pasear por la campiña, rodeada de su familia! Ella va haciendo admirar a sus niños los encantos de la naturaleza, la belleza variada y el aroma de las flores, el canto melifluido de las aves, los murmullos de las fuentes y arroyos, el susurro de las brisas y el cielo de zafiro tachonado de nubes de escarlata: esa fuente inagotable de placeres que derraman en el alma una poesía divina, que están muy lejos de producir los goces impuros de la sociedad que pervierten el corazón, y dejan en él un germen de veneno que se desarro-

lla después y nos colma por último, de desencanto, hastío y desesperación.<sup>63</sup>

¿Incurriríamos en un disparate si afirmáramos que el *Proyecto del Paseo* es la fiel y pertinaz imagen fantasiosa de la nación educada con esmero sentimental que alcanza la altura de las naciones cultas que le sirven de modelo?

En otras palabras, pensamos que el hermoso paseo que imagina el regidor del Ayuntamiento, endulzado con las mieles sentimentales de la concordia humana, fortalecida a la sombra experimental de olorosos *eucaliptus* y de frondosos fresnos, viene a ser, por un lado, un epígono de aquellas esperanzas racionales por prolongar la vida, convertidas en máximas de la vida sobria y en preceptos de una medicina que presupone una relación directa entre la salud y la moral de las costumbres; entre la felicidad y la salud; entre el aire puro y los miasmas deletéreos de la ciudad. Y por el otro lado, es un eco de la sabia y benevolente autoridad administrativa que, optimista, busca la felicidad pública y la grandeza del país en la fórmula perfecta de la concordia humana. Un rumor de voces emotivas, en suma, que quieren sus traer a sus hijos de los goces impuros que ofrece la ciudad, sembrando en ellos "semillas de virtud" a través de la admiración de los encantos del paisaje y del "disfrute de la existencia campestre".

Insistiremos, con el deseo consciente de ser repetitivos. En los propósitos sociales (y morales) que animan tanto el *Proyecto de Cumplido* como las *Reflexiones* del urbanista anónimo del siglo XVIII, hay una cercanía tan próxima que causa asombro: flores, aromas, sombras, aire puro, piso, descanso, se corresponden uno a uno en categórica afinidad espiritual. Igual que la razón ilustrada, patrocinadora de

**En los propósitos sociales (y morales) que animan tanto el *Proyecto de Cumplido* como las *Reflexiones* del urbanista anónimo del siglo XVIII, hay una cercanía tan próxima que causa asombro.**

**En 1873, a manera de verdadera paráfrasis histórica, la iniciativa del diligente regidor del Ayuntamiento imaginó la rehabilitación de una zona abandonada por la incuria municipal y la creyó convertida en un escenario de sociabilidad pública.**

la felicidad pública, concibió al paseo de la Alameda transformado en un lugar de "piso llano y amenidad", adornado con "plantas aromáticas" que pudieran ser "refrigerio y descanso" para el paseante, y que fuera pulmón de "aire más puro, fresco y benéfico"; en 1873, a manera de verdadera paráfrasis histórica, la iniciativa del diligente regidor del Ayuntamiento imaginó la rehabilitación de una zona abandonada por la incuria municipal y la creyó convertida en un escenario de sociabilidad pública, donde los habitantes de la ciudad gozarían, según escribió, de "un piso cómodo, una sombra agradable, de flores hermosas y de los aromas delicados que se respiran en el aire puro del campo".

Ciertamente se puede colegir, a manera de conclusión momentánea, que las miras arquetípicas del racionalismo del siglo XVIII que inventan un "estado de concordia, prosperidad y dicha común",<sup>64</sup> fueron transmutadas, en la segunda mitad del siglo XIX liberal, en la breve imagen, ornamentada y sentimental, del Paseo arbolado, de ese otro presente amistoso, concebido por Cumplido: Elíseo ciudadano, espacio encantado de felicidad perenne y apacible, habitado por individuos lozanos y virtuosos, prósperos y ricos, promotores del perfeccionamiento moral, de costumbres fincadas en el espíritu de sociabilidad que acoge sentimientos nobles de amor y de amistad sincera.

Pulcra imagen de la nación liberal deseada. Trasunto social y visión deliciosa del escenario rústico, que reitera la obsesión del sueño en la noche de la historia de esta nuestra entidad metafísica que llamamos Patria.

Sólo por curiosidad, me gustaría saber si el singular espíritu decimonónico, liberal y nacionalista de Ig-

nacio Cumplido, en algún momento de su infatigable misión editorial, se habría divertido con la lectura de *La Quijotita*.

¿Se habrá detenido a leer, me pregunto, el capítulo que reseña un día de campo en la huerta del cura de Tacubaya, donde conesas y payitas retozaron alegres bajo las gratas sombras de los árboles de un lugar "ameno y delicioso"? ¿Habrá leído Cumplido aquellos párrafos donde las cavilaciones moralizantes conducen a Fernández de Lizardi a revelar los medios apropiados para aliviar los estados de ánimo variables que, se decía, arruinaban la gracia de las señoritas de la ciudad del primer tercio del siglo XIX?

Ciertamente —escribe Fernández de Lizardi— que si todas las señoritas de la ciudad tuvieran proporción de divertirse siquiera cada ocho días de esa manera, padecerían menos flatos e histéricos que los que padecen.

El ejercicio en el campo y entre personas alegres y joviales, es mucho más provechoso para la salud y más inocente en lo moral que los bailes que apadrinan por lícitos muchas personas [...] el campo es el depositario de la alegría, de la salud, de la riqueza y la inocencia.<sup>65</sup>

No sé, ni puedo saber si Cumplido leyó estas líneas de *La Quijotita* pero, no tengo duda, las cavilaciones moralizantes de Fernández de Lizardi se acercan tanto a las inquietudes del jardinero Ignacio Cumplido que parecen una réplica espiritual. Raptos de felicidad y de inocencia en el alma sensitiva, vecinos a las reflexiones de los personajes que hemos hecho discutir en este ensayo: el veneciano Cornaro, el médico ilustrado Bartolache, el urbanista virreinal anónimo, el romántico Marcos Arróniz, el viajero sentimental Payno, y Prieto, el costumbrista.

No sé, ni puedo saber si Cumplido leyó estas líneas de *La Quijotita* pero, no tengo duda, las cavilaciones moralizantes de Fernández de Lizardi se acercan tanto a las inquietudes del jardinero Ignacio Cumplido que parecen una réplica espiritual.

**Las flores y los perfumes, los cielos y los aires de los pueblos ubicados en los alrededores de la ciudad, gozaron de fama proverbial.**

Aunque no son todos los posibles, por supuesto, y es preciso concluir en algún punto, es inevitable caer en la tentación de pegar un recorte más en este *collage* de tiempos y temas recurrentes, representativos de una realidad imaginaria. No hay alternativa, tenemos que añadir un nudo más a este hilo sin intriga. Es preciso, es imperativo referirse a los brotes que nacen en el viejo árbol de los sueños liberales: los imprescindibles renuevos que florecen en la primavera porfiriana.

Las flores y los perfumes, los cielos y los aires de los pueblos ubicados en los alrededores de la ciudad, gozaron de fama proverbial y fueron el obligatorio teatro rústico de los sueños de felicidad terrena de un paraguas soñador, irónico, filosófico y muy porfiriano que añora convertirse en "coqueto parasol de lino" (tempranero, saludable, fresco, immaculado) para poder así, disfrazado con ropas de verano, alejarse de las exhalaciones ofensivas del valle y recibir en frescas vestimentas, el aire puro y el cielo azul que envuelven los lomeríos de Tacubaya, los jardines de Mixcoac, los huertos de San Ángel.

Delicada alusión a usos y costumbres señoriales de una sociedad que huye, con puntualidad de calendario veraniego, hacia los vecinos confines medicinales del valle, donde recibe las terapias que prodigan las fragancias que emanan de las huertas. Quizá se trata, acotaremos nosotros, de una sociedad burguesa suspirante y fantasiosa que, en los devaneos de xenofilia, cree gozar de una temporada de estío en su retiro de Anteuil, quizá en Passy, a las orillas del soñado bosque de Bolonia:

El parasol recibe las caricias de la luz y aspira los perfumes de las flores. El parasol lleva una vida higiénica: no se moja, no va a los bailes, no trasnocha. Muy de mañana, sale por el campo bajo el calado toldo de los árboles, entretenido en observar atentamente el caprichoso vuelo de los pájaros, la majestad altiva de los bueyes o el galope sonoro del caballo. El parasol no vive en esta atmósfera cargada de perniciosas [calenturas], de bronquitis y de tifos. El parasol recorre alegremente el pintoresco lomerío de Tacubaya, los floridos jardines de Mixcoac o los agrestes vericuetos de San Ángel [...]<sup>66</sup>

¿Quién podría haber sido el autor de estas líneas? Quién otro, si no fue el protagonista impar, el indiscutible trotacalles del *boulevard* imaginario. Gutiérrez Nájera recrea en estas líneas las señas y los símbolos del ritual muy porfiriano y muy antañón de las familias de alcurnia y oropel que durante las temporadas calurosas, nos refieren las crónicas del siglo XIX,<sup>67</sup> se ausentaban de la ciudad para descansar a la fresca sombra de los huertos, en los "risueños pueblecillos" situados en el sur y el occidente del valle. Aunque el estilo de los veraneos, dice Altamirano, tenía un carácter diferente en cada una de esas poblaciones. En San Ángel se aceptaba "la vida del campo con toda su sencillez" (lo mismo dice Prieto), mientras que en Tacubaya, escribía con ironía:

[...] se aparenta desdeñar la vida campestre en medio del campo, y sólo se toma de los parques y de los jardines el aire puro, para dar vida a los cansados pulmones, y de los estanques el agua suficiente para bañarse la cabeza encendida por el *kirschwasser*. En Tacubaya tienen su lugar el refinamiento y las grandes emociones. Allí se comen hígados de ganso, trufas y ostras, se bebe

**Es evidente, el quimérico regreso al edén es una realidad fingida al alcance de los hombres que sufren los desastres de la existencia ciudadana.**

vino del Rhin, Champagne y rom de Jamaica, se juega en grande y se hacen combinaciones políticas y mercantiles... En los parques de Tacubaya se encuentran lacayos de librea, se pasea todavía en carruajes y se divierten las gentes con circunspección y tiesura.<sup>66</sup>

¿Es necesario afirmar que esta suma de coincidencias nos subraya la presencia de una vieja y persistente corriente cultural que encarece y exalta las virtudes benéficas y curativas del aire libre?

Es evidente, el quimérico regreso al edén es una realidad fingida al alcance de los hombres que sufren los desastres de la existencia ciudadana. En el horizonte cultural de nuestra historia, el campo, la vida natural, los paseos y jardines citadinos de brisas perfumadas, los pueblos vecinos de la ciudad de México, saturados de aire transparente y vientos frescos, surgen en la imaginación nostálgica con signos placenteros y bucólicos. Son lugares de delicias primordiales. Continentes de la felicidad perdida. Espacios míticos situados al margen de los progresos de la historia.

En la conciencia del hombre de la ciudad, angustiada por fangos pútridos, soplos densos y atmósferas infectas, los huertos y los cielos del valle se descubren concebidos como los ámbitos agoreros de salud, descanso y bienestar, donde la ilusión burguesa lo mismo encuentra alivio a sus congojas y depuración a sus pasiones que satisfacción mundana y dilatación sensual a sus gustos dispendiosos. En las aflicciones sanitarias de la sabiduría social, la vida al aire libre (en sus representaciones verbales o tipográficas, urbanas o rurales) es el mejor remedio contra la insalubridad, la inmundicia, la podredumbre, la pestilencia; es el recurso infalible contra la adversidad repugnante que reside en la ciudad de México.

¿Habrá imaginado el regidor Ignacio Cumplido la suerte que la historia deparó al delicado objeto de sus extravíos de urbanista?

Con el fatídico discurrir del tiempo que se desplaza irrecusablemente hacia un destino inescrutable, o acaso víctima de una despiadada paradoja, la ambiciosa fantasía del progreso, que concibió la fisonomía de la ciudad moderna a expensas de los dones primitivos de la vida, fue incautando inexorablemente los terrenos vecinos al *Paseo de la Reforma*, y a su paso fue destruyendo, con implacable arrojo, las formas de la vida antigua. De manera irrefrenable los imperativos financieros, el poder y el lucro, estimularon la extensión de la ciudad. Los nuevos edificios fueron acercándose a las "casitas blancas", a los "árboles diminutos", a las "verdes colinas" que todavía en 1901 aparecían distantes cuando se les contemplaba desde las alturas de la Catedral. Con indiscutible rigor civilizado, las perennes flores y las frescas sombras, los decantados perfumes del aire limpio, los bálsamos del campo y los llanos cubiertos de hierba verde, numerosas veces evocados por la imaginación romántica, quedaron melancólicamente atesorados en los prados de un artificioso *Paseo* construido por la mano diestra del hombre, mientras devastaba los dones naturales de la vida.

Así, con el firme paso de la especulación y las ganancias comerciales, con el imperturbable discurrir privatizador del tiempo civilizado, el delicioso *Paseo* concebido por la imaginación de Cumplido quedó convertido en miserable parodia y en representación mezquina de la vida silvestre. Victoria aciaga de la férrea voluntad urbanizadora de la sociedad moderna.<sup>69</sup>

Aquel *Paseo*, imaginado por aquella quimera fugitiva del cordel de la razón que había traducido el

concepto de unir lo "agradable con lo útil" en prudente disposición municipal dirigida a hermosear la polvorienta calzada del Emperador, se había convertido, en los primeros años del siglo veinte, en un sumptuoso y aristocrático *Paseo*; un ensueño ciudadano "bordeado de árboles, de parques, de palacios y de estatuas, bello entre los más bellos del mundo", según lo vio la sensibilidad hiperbólica y nacionalista de un poeta (Tablada) quien, de este modo, no hacía más que revalidar un veredicto largamente difundido en la opinión pública, como lo muestra, por ejemplo, la oficiosa descripción de una *guía* de forasteros publicada a principios de siglo, ilustrada con fotografías del fotógrafo francés Abel Briquet:

[...] ancha calzada de más de 3 000 metros de longitud, a cuyo extremo se distingue el hermoso bosque de Chapultepec y su histórico castillo. A ambos lados de esta calzada, que bordean numerosos *enhiestos eucaliptos* y en cuyas enarenadas aceras existen sobre modestos pedestales las estatuas de dos de los más esclarecidos hijos de cada Estado de la República, se levantan edificios particulares, *villas, chalets, etc.*, de estilo moderno, algunos de los que fijan la atención por su buen gusto y por su mérito arquitectónico. Es el paseo elegido por la aristocracia de la metrópoli para lucir todas las tardes, y singularmente los jueves y domingos, (días en que tocan en las glorietas excelentes bandas militares lo mejor de su repertorio) sus lujosos trenes.<sup>70</sup>

Emblema teatral de la burguesía triunfante. Belleza y utilidad. Salud y belleza. Destino feliz para los aclimatados eucaliptos salutíferos y los fresnos magníficos plantados por el buen juicio de Ignacio Cumplido. Éxito rotundo de una ciudad aterrada por las aguas



Entrada al Paseo de la Reforma.

estancadas y los fétidos drenajes de la inmundicia citadina. Triunfo de las costumbres públicas y la sociabilidad modernas asoladas por los "miasmas" concupiscentes de los barrios miserables. La calzada ancha y polvorienta se había transformado en gran avenida luminosa, de glorietas limpias y alumbradas. Espectacular escenario conmemorativo de la gesta liberal, recinto público de paz y orden, decorado con bronce de ilustres mexicanos; sitio ameno de comunicación social y recreo festivo de familias. Paseo vespertino de lujos, animado de transeúntes, bicicletas y carruajes, "henchido de coches —dice Luis G. Urbina, emocionado cronista de la modernidad porfiriana—, cuyas cajas lustrosas y bruñidas se deshacían en chispas juguetonas bajo las oblicuas ráfagas del poniente".<sup>71</sup>

¿Regocijo, júbilo, complacencia, orgullo, estupor? ¿Qué sentimientos habrían agitado el espíritu industrial, burgués, romántico y nacionalista, de Ignacio Cumplido si hubiera contemplado en los primeros años del siglo veinte, al retoño de sus fantasías de jardín urbano, convertido plenamente en símbolo de la sociedad burguesa del México moderno?<sup>72</sup>

Encarrilada confortablemente sobre las vías del desarrollo económico e industrial por el artificio humano gobernado por una mano firme, prudente y sabia, pensaban los porfirianos, la metrópoli de la República, el pulso palpitante de la nación mexicana, fue sorprendida en el vértigo del crecimiento, por el año conmemorativo del Centenario de la Independencia.<sup>73</sup> Las guías de forasteros asistieron puntuales al escenario de las fiestas patrias, y fueron testigos invaluable de este año generoso en su patriotismo, pródigo en la cordialidad, feliz en el lucimiento, des-

lumbrante en los desfiles, engreído en la presunción. En las páginas de esas guías se contempla el espectáculo de la modernidad y se deletrea en sucesión infinita los códigos y las pautas de los nuevos estilos de vida y los modos de los comportamientos sociales recientemente adquiridos, y glorificados, por los habitantes de la nueva ciudad: Tranvías, automóviles, estaciones, bombillas eléctricas... Multitudes en movimiento, transacciones comerciales, lujo... Paseos, jardines, glorietas, monumentos, avenidas, estatuas, edificios públicos, *boulevard*... Residencias, mansardas, hierros, vitrales, *chalets*... Hoteles, lujo, clubes, modistos, elegancia, *chic*... Hipódromos, *sport*... Teatro, cinematógrafos, ópera, bohemia, restaurantes, *gastronomie*.

Las guías del Centenario, promotoras eufóricas del régimen promotor de la modernidad, pusieron al alcance de los visitantes los itinerarios relevantes de la ciudad y apuntaron a sus lectores las imágenes distintivas y flamantes de la urbe. El pomposo crecimiento de las colonias Juárez, Roma, Condesa, dotadas de modernos servicios públicos, fue causa de admiración y asombro en el autor de una de esas guías<sup>74</sup> de bolsillo, ilustrada con fotografías de Kahlo. Al obsequioso autor y editor de esta guía de la ciudad de México, que se declaraba "indispensable para el forastero", S. G. Vázquez, le parecía que las calles de la colonia Juárez sugerían la presencia de las ciudades europeas y advertía que esas colonias eran "pruebas palpables del bienestar y riqueza", que había logrado la ciudad "bajo la sabia administración" del presidente Díaz. He aquí el concluyente testimonio misificador de esta modesta guía:

[...] yérguense, airosas, preciosas residencias particulares, verdaderos palacios, que aumentan la belleza de

**En las páginas de esas guías se contempla el espectáculo de la modernidad y se deletrean en sucesión infinita los códigos y las pautas de los nuevos estilos de vida y los modos de los comportamientos sociales recientemente adquiridos.**

este famoso paseo que es un ancha avenida pavimentada en toda su extensión, y flanqueada por hermosos árboles [...] Al atardecer, a la hora en que la brisa satura el ambiente de ese dulce frescor del que se goza en el Valle de México, comienzan a invadir la Reforma trenes de lujo, tirados de hermosos corceles, elegantes automóviles, coches de sitio, paseantes de todas clases, todos en dirección al Bosque, a ese Bosque maravilloso donde como en ningún otro sitio se goza del encanto de los crepúsculos de oro.<sup>75</sup>

En aquel año de festejos extraordinarios faltaba poco para que la ciudad extendiera su mancha de modernidad sobre las extensas llanuras y los espejos apacibles de los lagos y sobre los restos de los barrios antiguos que hasta entonces habían señalado los linderos de la ciudad: "los pueblos de tierra feraz, los exuberantes, los henchidos de frutos y flores, de arroyos y cañadas, de pájaros y mariposas [...] Tacubaya, Mixcoac, Coyoacán, San Ángel, Tlalpam [...]".<sup>76</sup> Todo en el paisaje parecía confirmar la proximidad de la anexión de los pueblos vecinos al ritmo de la vida urbana. La fiebre de crecimiento, estimulada en buena medida por el aumento en el valor de la propiedad urbana, se expandía insistentemente por los rumbos del oriente. El aura mística del paisaje rústico iba desvaneciéndose con prisa y la metrópoli cosmopolita alargaba apresuradamente su magnificencia hacia las antiguas tierras del valle, asentando el lujo de sus edificios sobre los tradicionales campos de cultivo y mancillando con su ostentación la modestia de la vida simple:

Los terrenos que hasta hace poco eran campos cultivados o abandonados, hoy —consignaba S. G. Vázquez, el jactancioso y adulator editor porfiriano de la *Guía de*

la ciudad— están cruzados por amplias calles asfaltadas por donde sólo ruedan lujosos automóviles y elegantes trenes, y están flanqueadas por hermosas residencias, particulares, algunas de las cuales merecen el título de palacios.<sup>77</sup>

Se edificaba con ritmo eufórico, apremiante. Las colonias modernas estaban a punto de reunir sus construcciones con las “frondosas arboledas, huertas y jardines” de las viejas y hermosas casas de campo de Tacubaya, una de las tradicionales poblaciones vecinas de la ciudad, donde la sociedad aristocratizante tenía por costumbre ventilar sus ocios veraniegos. En 1910, en suma, los llanos húmedos que unos años antes se extendieran más allá de las riberas de la calzada que iba a Chapultepec, y el panorama rústico que alguna vez dominara la extensa vista del valle, eran ya tan sólo un borrón en la memoria. Años más tarde José Juan Tablada los recordaría, nostálgico, como “los acueductos íntegros, los agrestes pueblos suburbanos, las lomas de sol y tierra”.<sup>78</sup>

Enhiesta columna, rematada por una grácil victoria, erigida en una de las glorietas del *Paseo*, fue solemnemente inaugurada por el presidente de la República el 16 de septiembre de 1910 en conmemoración del Centenario de la proclamación de la Independencia nacional. Siete lámparas de dos mil bujías, alumbraron las glorietas del bello *Paseo* en las noches festivas del mes conmemorativo de la gesta nacional. Era el perfecto y suntuoso símbolo, la fachada deslumbrante de la magnificencia de la ciudad moderna... Brillo y lustre aparentes de una sociedad vanidosa que se arrogaba la condición de ser firme salvaguarda de la República, redentora immaculada de la nación e incansable promotora de la civilización.<sup>79</sup>

**En 1910, en suma, los llanos húmedos que unos años antes se extendieran más allá de las riberas de la calzada que iba a Chapultepec, y el panorama rústico que alguna vez dominara la extensa vista del valle, eran ya tan sólo un borrón en la memoria.**

**Plateros-San Francisco es la calle de una sociedad vanidosa que participa de la audacia y los atrevimientos lúdicos de la ciudad moderna.**

En el vasto panorama de la urbe multicolor, la sociedad cosmopolita explaya sus gustos cotidianos, esparce sus lujos y sus tedios sobre las baldosas del pavimento moderno. Igual que un frasco Gallé de tonalidades umbrosas que derrama seductoras fragancias sobre las debilidades humanas, nada hay en la ciudad porfiriana que cautive más los sentidos que la calle de Plateros-San Francisco. Museo de transparentes vitrinas y escaparates de cristal que infunden admiración y suscitan el asombro. Escenario pomposo de júbilos externos. Pasarela perfumada y deslumbrante en que transitan las "hermosas esclavas de la diosa Moda". Volante del reloj urbano (paráfrasis inevitable) que pone en movimiento la maquinaria del comercio de postín: joyerías, restaurantes, sastrerías, fotógrafos, bares, cinematógrafos, "edificios elegantes, casas de comercio montadas con cierta suntuosidad; y con gran tráfico de peatones, vehículos de todas clases".<sup>80</sup>

Plateros-San Francisco es la calle de una sociedad vanidosa que participa de la audacia y los atrevimientos lúdicos de la ciudad moderna.<sup>81</sup> Quimérico y anchuroso *boulevard* de placeres sensuales. *Boulevard* imaginario donde la fantasiosa xenofilia del "buen tono" llena sus pulmones cosmopolitas con los aires enlatados que le llegan de ultramar. Teatro estrecho de comedias galantes y desfiles dominicales, al que las *guías* de la ciudad derraman elogios redundantes. Vía predilecta de la sociedad porfiriana. Surtidor de insinuantes crónicas que apuran reminiscencias simbólicas sobre la procesión de carruajes que se deslizan jubilosos sobre las decadentes horas de la tarde.

Nuestra conocida *guía* de Vázquez, la *guía* de la ciudad que nos conduce por el laberinto de minucias que dan forma histórica a la urbe porfiriana, ensaya lo mejor de su elocuencia publicitaria y pone a prue-



Plateros.

ba los resortes persuasivos que poseen las imágenes verbales en el intento de atraer la admiración de sus lectores, forasteros y visitantes hipotéticos de la urbe. Así, a través del arbitrio del hechizo, anhela infundir en su psicología encantada el deseo de asistir al espectáculo alucinante de la calle, de concurrir al teatro lujoso de la modernidad, de ser parte de la multitud, de ser una figura más de la ataviada muchedumbre que recorre los territorios cosmopolitas del *boulevard* imaginario:

[...] una especie de boulevard, por el cual circulan constantemente los lujosos trenes de la gente acomodada y gente de a pie que en su mayor parte andan viendo los aparadores de las joyerías y tiendas de ropa. Todos los días de doce a una de la tarde, y de seis y media a siete y media de la noche, se llena esta avenida de lujosos coches, magníficos automóviles y por las aceras es un hormigueo de gente [...] y los domingos [...] se organiza un paseo que tiene comienzo en la avenida Juárez y termina frente al zócalo [...] un verdadero concurso de tocados de lujo. El trepidar de los automóviles, los briosos corceles de pura sangre, el tumulto de la gente que se arrolla en las aceras [...] todos se precipitan y se encuentran haciendo el paso muchas veces imposible. Este paseo nunca se borra de la imaginación, es un paseo único.<sup>82</sup>

Sugestiva escena que nos sitúa en el perfil del año 1910 y que ilustra con profusión el ambiente ciudadano en las horas del crepúsculo porfiriano, engalanado con los seductores y rumorosos automóviles del siglo veinte que van rodando al lado de los elegantes carruajes arrastrados por los tradicionales caballos pura sangre. Escena de aires mundanos que prolonga en ecos las reseñas escritas en las agonías del siglo dieci-

nueve, ciertamente, renovadas con la energía y el golpeteo sonoro de los *horse power* futuristas del mundo ultramoderno. Por ejemplo, la encantadora viñeta de Gutiérrez Nájera en la que ondean las franjas azules, blancas, rojas del pabellón francés, que se lee en *El Partido Liberal* de enero de 1887:

En la calle se respira una atmósfera europea. Se oyen rumores nuevos, relinchos de caballos *pur sang*. Las literas de los coches se reflejan en los cristales de los escaparates llenos de chucherías para año nuevo, y los rayos de los focos eléctricos bruñen el barniz fresco de los *landos*. Toda la *gomme* está de prisa [...] Tras los cristales de *coupés*, *trois-quarts*, *landos*, se ven relámpagos de abrigos blancos, camelias rojas, pompones azules.<sup>83</sup>

O aquella fugitiva referencia que se lee en la novela de Ángel de Campo, *La rumba*,<sup>84</sup> publicada en el periódico *El Nacional* en 1890, o la más cercana que aparece en la *Guía general descriptiva* editada por Araluce en 1899,<sup>85</sup> o bien, en el breve apunte que dedica Galindo y Villa en su *guía* de 1906,<sup>86</sup> donde se equipara al cotidiano desfile de carruajes por las calles de Plateos-San Francisco, con el recorrido de la Vía del Corso en Roma.

Ceremonia de un ritual urbano, que Luis G. Urbina glorifica en una crónica que derrama los licores embriagantes y despide los volátiles perfumes de esta representación multicolor de la sociedad cosmopolita, de este ir y venir de figuras de rostro esquivo, de esta procesión incesante de la multitud que sacraliza con su huella el piso firme y renovado de la calle:

**Ceremonia de un ritual urbano, que Luis G. Urbina glorifica en una crónica que derrama los licores embriagantes y despide los volátiles perfumes de esta representación multicolor de la sociedad cosmopolita.**

De doce a una del día la agitación de los negocios hierve en las calles céntricas; se desborda con ímpetus de inundación; espuma como agua violenta y enfurecida en el

**Singularmente, el ejercicio literario de Urbina y el interés publicitario de la guía de Vázquez van atados en una trama de referencias que se explota para embelesar a los lectores a través de la excitación de los sentidos.**

estrecho cauce. De seis a siete de la noche, el torrente es más tranquilo, menos ruidoso. Es la invasión inocente y tortuosa y no higiénica, de la vanidad. Es un interminable desfile de coches, un collar de cajas lustrosas, de ruedas en movimiento, que corre a lo largo de las calzadas asfaltadas en la estrecha pero principal arteria de la metrópoli. Los cuadriláteros luminosos de los aparadores prestan sus luces y sus acrisoladas fantasías para dar un aspecto *feérico* al paseo crepuscular [...] <sup>87</sup>

Singularmente, el ejercicio literario de Urbina y el interés publicitario de la *guía* de Vázquez, en la que se escuchan resonancias de *la rue assourdissante* de Baudelaire, van atados en una trama de referencias que se explota para embelesar a los lectores a través de la excitación de los sentidos. Todo allí es expresivo: la axiomática referencia a las horas, la atmósfera emocional del lujo. Se podría decir que en ellas percibimos el agitado vuelo de la cotidiana vanidad, la diaria y puntual vanagloria de la sociedad metropolitana y el frenesí del rumor de voces que acompañan al espectáculo de la modernidad. Separadas entre sí apenas por un lustro, el lustro posterior de un régimen señalado con el estigma "místico" del poder personal omnipresente, estas crónicas de la calle coinciden en la misma preocupación por esparcir a todos los vientos, los aceites esenciales del *boulevard* porfiriano.

Espíritu de una calle insigne de una ciudad egregia, prendida por la imantación de los espectáculos del siglo: luces, rumores, fantasmas, perfumes exquisitos y vitales. Calle insigne que otro trotacalles más, testigo fiel y solidario de esa muchedumbre sedienta de riquezas, dispendiosa y ávida de fama, José Juan Tablada, recordará unos años después como "una

zona de la geografía metropolitana donde, a la manera de los mapamundis antiguos, podría inscribirse como título genérico: *Hic est vanitas*".<sup>88</sup>

Esta nostalgia del poeta que evoca un rasgo distintivo de la vida afrancesada en la capital porfiriana y que recuerda en un acto de contrición nostálgica, un tiempo de la historia mexicana no como un bien perdido, sino como la manifestación de los extravíos de una generación, se anuda espiritualmente en el imaginario crítico que conforma la ideología de la Revolución.<sup>89</sup>

José C. Valadés (militante de anarquismos y comunismos juveniles), historiador de la sociedad y del poder político, interpreta la historia del porfirismo como la historia fatídica de un régimen que, poseído por la idea de llevar esplendor a la ciudad de México, abandonó "lo natural para entregarse a lo facticio".<sup>90</sup>

Reflexión tampoco exenta de nostalgia (la nostalgia por la naturaleza perdida), que en nuestros días aún resuena en las páginas, excelentes páginas, de un compendio de la historia de la imagen fotográfica en México. Olivier Debrouse, a través de ciertas imágenes fotográficas de la sociedad porfiriana, descubre e identifica en las escenografías del poder el santo y seña porfirianos: "El aparato del poder —dice— es escenográfico, una simple fachada [...] *parecer* es la palabra clave [...] En torno al jefe supremo, una sociedad juega, como él, ese juego de las apariencias."<sup>91</sup>

Significativamente, Valadés y Debrouse plantean una reflexión existencial que pone en juego el conflicto de nociones antagónicas, capitales en el pensamiento occidental: Ser y parecer, naturaleza y artificio.

En la perspectiva de esta interpretación crítica de la sociedad, que se inclina discursivamente del lado

del ser y reivindica la preeminencia moral de la naturaleza humana (y de las esencias que le son consustanciales: la libertad, la espontaneidad, la autenticidad, la sinceridad), la ciudad porfiriana pretendió ser lo que no era; renunció a su propia identidad en favor de la falsedad e imaginó la renovación de la ciudad (y de la sociedad) rindiéndose a los artificios de la imitación de modelos ajenos a su historia, opuestos a los valores esenciales de la ciudad antigua (y de la nación). Es decir, en esta versión crítica de la historiografía, los rasgos tradicionales de la fisonomía nacional fueron suprimidos en favor de novedosos gestos de urbe cosmopolita. La sociedad porfiriana, con sus actitudes y sus poses esclavizadas por la vanidad y el lujo (el sustancial punto de encuentro entre Tablada y Valadés), fue la representación teatral del "sistema de apariencias deslumbrantes" de la sociedad moderna. La ciudad de México, vástago de los prejuicios, hija de las necesidades facticias, nutrió su existencia en sustancias exteriores y fincó su futura grandeza en opiniones ajenas. Extravíos de la conciencia. Espejismos de la vanidad y del amor propio.

Abandono de la identidad y la libertad personales. Renuncia del *ser* en beneficio del artificio del *parecer*. El antifaz cosmopolita que oculta el verdadero signo provinciano. El ideal de nación (la nación culta) que se filtra y se confunde en el modelo (la nación ajena).

Cuando en 1921 Ramón López Velarde se detiene, en el ensayo *Novedad de la patria*, a escudriñar en el sentido de la historia nacional, asegura que la épica del movimiento armado había propiciado la rectificación de "la idea de una Patria pomposa", estimulada por los años del progreso material porfiriano. Sin embargo, desmanteladas ya las ambiciones fastuosas y teatrales, la nación aparecía ante sus ojos

como un ser sin nombre, como una entidad indefinida. Revelación estremecedora de un ser que no sabe qué ni quién lo constituye. Disyuntiva histórica de una nación, que López Velarde habría de resolver con el franciscano regreso a la nacionalidad, "por amor [...] y pobreza". Retorno sutil que reclama "una patria menos externa, más modesta y probablemente más preciosa" y que propone, en el designio de una patria nueva, el reencuentro de un ser antiguo, de una entidad que yace sumergida en los fondos intangibles de la historia personal: "una patria, no histórica ni política, sino íntima".<sup>92</sup>

¿Es la búsqueda de la patria íntima, un retorno mítico a las fuentes de aguas puras y naranjos perfumados que brotan y florecen en el jardín del edén que llevamos dentro y miramos a través de los ojos del recuerdo?

## Bibliografía

### Documentos

Proyecto de la comisión [de paseos] para reponer el paseo de la Reforma. 1873. 28f, Archivo histórico de la ciudad de México. Paseo de la Reforma; 1866-1907, [3583]

### Guías de la ciudad de México

ALMONTE, Juan Nepomuceno. *Guía de forasteros y repertorio de conocimientos útiles*. México: Imprenta de Ignacio Cumplido, 1852, viii, 638 p., illus., croquis, mapa.

- ARRONIZ, MARCOS. *Manual del viajero en México o compendio de historia de la ciudad de Méjico*. París: Librería de Rosa y Bouret, 1858, 298 p., plano.
- GALINDO y VILLA, Jesús. *Ciudad de México: breve guía ilustrada*. México: Imprenta y Fototipia de la Secretaría de Fomento, 1906, 149 p.
- GARCÍA, Enrique A. *Guía metropolitana*. México: Imprenta Antonio García Cubas, 1910, xxxix, 203, 32, 66 p.
- GARCÍA CUBAS, ANTONIO. *Nueva guía manual de forasteros en la ciudad de México, escrita en castellano y en inglés y plano topográfico de esta capital*. Texto en español de José L. Groso. México: Antigua Imprenta de Murguía, [c. 1903], viii, 121, 78 p., ilus.
- FIGUEROA DOMENECH, J. *Guía general descriptiva de la República Mexicana. T. 1: El Distrito Federal*. México: Araluce [c. 1899], 775 p.
- PAZ, Ireneo y Manuel Tornel. *Nueva guía de México, en inglés francés y castellano, con instrucciones y noticias para viajeros y hombres de negocios*. México: Imprenta de I. Paz, 1882, 912 p.
- . *Nueva guía del viajero en México para 1885: El libro de oro para los hombres de negocios, con las noticias y datos más interesantes al viajero*. México: Ireneo Paz, 1885, 128 p., ilus.
- PRANTL y GOSO. *La ciudad de México. Novísima guía universal de la capital de la República*. México: Juan Buxó y Cía., 1901, xxiv, 1005 p., ilus.
- ROMERO, JOSÉ. *Guía de la ciudad de México y demás municipalidades del Distrito Federal*. México: Librería Porrúa Hermanos, 1910, 431, xxxi p., ilus., mapa.
- RIEDEL, Emil. *Practical Guide of the City and Valley of Mexico: with Excursions to Toluca, Tula, Pachuca, Puebla, Cuernavaca, etc.* City of Mexico: I. Epstein, 1892, 427 p., mapas.

- RUIZ, Luis E. *Guía de la ciudad de México*. México: Imprenta del Gobierno Federal, 1910, 143, iv p., ilus.
- TORNEL, Manuel. *Guía práctica del viajero y del comerciante en México*. México: Librería de La Enseñanza, 1876, 140 p.
- VALLE, Juan N. del. *El viajero en México: completa guía de forasteros para 1864; obra útil para toda clase de personas*. México: Imprenta de Andrade y Escalante, 1864, 764 p., ilus.
- VÁZQUEZ, S. G. *México y sus alrededores. Guía descriptiva ilustrada*. México: Imprenta Lacaud, 1910, 234, 45 p., ilus., plano.

*Publicaciones periódicas, siglo XIX:*

- El Álbum mexicano. Periódico de literatura, artes y bellas letras*. México: Ignacio Cumplido, 1849.
- Calendario de las señoritas mejicanas*. Méjico: Mariano Galván, 1838-1843.
- La Ilustración mexicana*. México: Imprenta de Ignacio Cumplido, 1851-1855.
- El Mosaico mexicano, o colección de amenidades curiosas e instructivas*. México: Ignacio Cumplido, 1836-1837; 1840-1841.
- El Museo mexicano, o miscelánea pintoresca de amenidades curiosas e instructivas*. México: Ignacio Cumplido, 1843-1846.
- Panorama de las señoritas. Periódico pintoresco, científico y literario*. México: Vicente García Torres, 1842.
- El Presente amistoso. Dedicado a las señoritas meicanas*. México: Ignacio Cumplido, 1847, 1851-1852.
- El Recreo de las familias*. Méjico: Imp. por Mariano Arévalo, 1837-1838, 428 p.
- Registro trimestre, o colección de memorias de historia,*

- literatura, ciencias y artes. México: Oficina del Águila dirigida por José Ximeno, 1832-1833.
- El Renacimiento. Periódico literario.* México: 1869.
- Revista científica y literaria de Méjico, publicada por los antiguos redactores del Museo Mejicano.* México: Imp. y Lit. calle de la Palma núm. 4, 1845-1846.
- Revista mexicana. Periódico científico y literario.* México: Impreso por Ignacio Cumplido, 1835.
- La Semana de las señoritas mejicanas.* México: Juan R. Navarro, 1850-1852.
- Semanario de Agricultura.* México: Imprenta de Ignacio Cumplido, 1840.
- Semanario de las señoritas mejicanas. Educación científica, moral y literaria del bello sexo.* México: Imprenta de Vicente García Torres, 1841-1842.

#### Artículos

- ALTAMIRANO, Ignacio Manuel. "Crónica de la semana", en *El Renacimiento. Periódico literario.* México, 1869, t. I, p. 201-204.
- . "Crónica de la semana", en *El Renacimiento. Periódico literario.* México, 1869, t. I, p. 253-255.
- . "Crónica de la semana", en *El Renacimiento. Periódico literario.* México, 1869, t. I, p. 353-358.
- . "Crónica de la semana", en *El Renacimiento. Periódico literario.* México, 1869, t. II, p. 145-151.
- ARRONIZ, Marcos. "La madre de familia", en *El Presente amistoso. Dedicado a las señoritas mexicanas.* México: I. Cumplido, 1851, p. 81-84.
- BARTOLACHE, José Ignacio. "Avisos acerca del mal histórico, que llaman latido", en *Mercurio Volante (1772-1773)*, intr. de Roberto Moreno. México: UNAM, 1979, XLVI, 202 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 101), p. 55-64.

- . "Consejos para vivir mucho tiempo", en *Mercurio Volante (1772-1773)*, intr. de Roberto Moreno. México: UNAM, 1979, XLVII, 202 p. (Biblioteca del estudiante universitario, 101), p. 109-152.
- CARRERA Stampa, Manuel. "Los grandes impresores mexicanos. Ignacio Cumplido (1811-1887)", en *Boletín Bibliográfico de la SHCP*. México, 15 de diciembre de 1956, p. 1-4.
- CASTILLO Velasco, J. M. "El tifo" en *El Bien Público*. México, 8 de septiembre de 1876, p. 1-2.
- DÁVALOS, Marcela. "La salud, el agua, y los habitantes de la ciudad de México. Fines del siglo XVIII y principios del XIX", en *La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX*, 2 v. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1994, t. II, p. 279-302.
- ESPINOSA, Luis. "Reseña histórica y técnica de las obras del desagüe del Valle de México, 1856-1900", en *Memoria histórica, técnica y administrativa de las obras del desagüe del Valle de México, 1449-1900*, 2 v. México: Tipografía de la Oficina Impresora de Estampillas, 1902, ilustr., planos, t. I, p. 273-431.
- FOUCAULT, Michel. "What is Enlightenment", en Rabinow, Paul, ed. *The Foucault Reader*. New York: Pantheon Books, 1984, p. 32-50.
- GIRON, Nicole. "La idea de 'cultura nacional' en el siglo XIX: Altamirano y Ramírez", en Aguilar Camín et al. *En torno a la cultura nacional*. 1a. reimpr. México: CNCA / Instituto Nacional Indigenista, 1989, p. 51-83.
- GONZÁLEZ Obregón, Luis. "Reseña histórica del desagüe del Valle de México, 1449-1855", en *Memoria histórica, técnica y administrativa de las obras del desagüe del Valle de México, 1449-1900*, 2 v. México: Tipografía de la Oficina Impresora de Estampillas, 1902, ilustr., planos, t. I, p. 29-272.

- GUTIÉRREZ Nájera, Manuel. "Memorias de un paraguas", en *Cuentos completos*. 2a. ed. México: Fondo de Cultura Económica, 1983, 531 p.
- . "Stora y las medias parisienses", en *Cuentos completos*. 2a. ed. México: Fondo de Cultura Económica, 1983, 531 p.
- HERNÁNDEZ Franyutti, Regina. "Ideología, proyectos y urbanización en la ciudad de México, 1760-1850", en *La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX*. 2 v. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1994, t. I, p. 116-160.
- I. G. "La alameda de México", en *Semanario de las señoritas*. México: Vicente García Torres, 1841, t. I, p. 34-38.
- "La influencia de la educación sobre la felicidad del bello sexo", en *Calendario de la señoritas mejicanas*. Méjico: Librería de [Mariano Galván] editor, 1841, p. 67-85.
- "La nueva y la vieja metrópoli", en *Gil Blas*. México, 21 de octubre de 1896, p. 1.
- LOMBARDO de Ruiz, Sonia. "Ideas y proyectos urbanísticos de la ciudad de México, 1788-1850", en Moreno Toscano Alejandra, *Ciudad de México. Ensayo de construcción de una historia*. México: INAH, 1978. (Colección Científica. Historia, 61), p. 169-188.
- LÓPEZ Velarde, Ramón. "Novedad de la patria", en *El Maestro. Revista de cultura nacional*. México: Universidad Nacional, 1921, núm. 1, p. 61-63.
- LUGO, Concepción y Elsa Malvido. "Las epidemias en la ciudad de México", en *La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX*. 2 v. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1994, t. II, p. 303-364.
- MALDONADO, Celia. "El cólera de 1850 en la ciudad de México", en Alejandra Moreno Toscano et al.

- Investigaciones sobre la historia de la ciudad de México*. México: INAH, Departamento de Investigaciones Históricas, 1974. (Cuadernos del Departamento de Investigaciones Históricas, INAH), p. 27-50.
- . "El control de las epidemias: modificaciones en la estructura urbana", en Alejandra Moreno Toscano. *Ciudad de México. Ensayo de construcción de una historia*. México: INAH, 1978. (Colección Científica. Historia, 61), p. 148-152.
- MONSIVÁIS, Carlos. "La nación de unos cuantos y las esperanzas románticas. (Notas sobre la historia del término 'cultura nacional' en México)", en Héctor Aguilar Camín et al. *En torno a la cultura nacional*. 1a. reimpr. México: CNCA / Instituto Nacional Indigenista, 1989, p. 159-221.
- MORALES, María Dolores. "La expansión de la ciudad de México: el caso de los fraccionamientos urbanos", en Alejandra Moreno Toscano. *Ciudad de México. Ensayo de construcción de una historia*. México: INAH, 1978. (Colección Científica. Historia, 61), p. 189-200.
- MORENO Toscano, Alejandra. "El paisaje rural y las ciudades: dos perspectivas de la geografía histórica", en *Historia Mexicana*, v. 21, núm. 2. México, octubre-diciembre, 1971, p. 242-268.
- O'GORMAN, Edmundo. "Precedentes y sentido de la Revolución de Ayutla", en *Seis estudios históricos de tema mexicano*. México: Universidad Veracruzana, 1960, 220 p.
- PAYNO, Manuel. "La vida en provincia", en *El Siglo Diez y Nueve*. México, 23 de abril de 1843, p. 3.
- . "Viaje sentimental a San Ángel", en *Artículos y narraciones*. Selección y prólogo de Francisco Monterde. México: Universidad Nacional Autónoma, 1945, xxix, 181 p., ilus. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 58).

- PÉREZ Monfort, Ricardo. "La fiesta y los bajos fondos. Aproximaciones literarias a la transformación de la sociedad urbana en México", en *La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX*. 2 v. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1994, t. II, p. 411-439.
- PRIETO, Guillermo. "Cartas sobre México II; Alameda y Bucareli", en *El Museo Mexicano*. México: Imprenta de Ignacio Cumplido, 1843, t. II, p. 377-380.
- "Prospecto", en *El Semanario de agricultura*. México: Imprenta de Ignacio Cumplido, 1840, p. 1-9.
- RÍO de la Loza, Leopoldo. "Un vistazo al lago de Texcoco", en *Escritos de Leopoldo Río de la Loza, compilados por el señor farmacéutico Juan Manuel Noriega y publicados por la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes en conmemoración del nacimiento de...* México: Ignacio Escalante, 1911, p. 180-192.
- RÍOS, Eduardo Enrique. "Los Calendarios, los Presentes Amistosos, los 'Parnasos' de Riva Palacio y las revistas más importantes de Cumplido, Rafael Rafael, etcétera", en *Las revistas literarias de México*. México: Instituto Nacional de Bellas Artes-Departamento de Literatura, 1963, 254 p., ilus., p. 13-46.
- SEMO, Ilán. "La ciudad tentacular: notas sobre el centralismo en el siglo XIX", en Isabel Tovar de Arechederra y Magdalena Maas, comp. *Macrópolis mexicana*. México: Departamento del Distrito Federal / Universidad Iberoamericana / CNCA, 1998. (Ensayos sobre la Ciudad de México, IV) p. 47-65.
- SIERRA, Justo. "La cascada de Tizapán", en *El Renacimiento. Periódico literario*, t. I, p. 294-295.
- URBINA, Luis, G. "Una ciudad triste y un pueblo enfermo", en *Cuentos vividos y crónicas soñadas*. México: Eusebio Gómez de la Puente, 1915, p. 302-307.
- . "Máscaras viejas", en *Cuentos vividos y crónicas*

- cas soñadas. México: Eusebio Gómez de la Puenta, 1915, p. 241-243.
- "Utilidad de las plantas", en *El Mosaico mexicano, o colección de amenidades curiosas e instructivas*. México: Ignacio Cumplido, 1836-1837, 1840-1841, t. IV, p. 217-230.
- VIDRIO C., Manuel. "Sistemas de transporte y expansión urbanos: los tranvías", en Alejandra Moreno Toscano. *Ciudad de México. Ensayo de construcción de una historia*. México: INAH, 1978, 235 p. (Colección Científica. Historia, 61), p. 201-216.

#### Obras monográficas

- ACEVEDO, Jesús T. *Disertaciones de un arquitecto*. México: Ediciones México Moderno, 1920, 165 p.
- ACEVEDO Escobedo, Antonio. *Entre prensas anda el juego*. México: Seminario de Cultura Mexicana, 1967, 152 p., ilus.
- AVILÉS, Jaime. *Ignacio Cumplido. Un impresor del siglo XIX*. México: Instituto Mora, 1992, 48 p.
- AZAR, Héctor. *San Ángel entre las horas detenido*. México: Miguel Ángel Porrúa, 1997, 216 p.
- BATAILLON, Claude y Helène Rivière. *La ciudad de México*. México: SEP, 1979, 183 p. (SepSetentas, 99).
- BENÍTEZ Fernando. *La ciudad de México*. 2 v. México: Salvat, 1982.
- BENJAMÍN, Walter. *Paris, capitale du XIX siècle. Le livre des passages*. Trad. de l'allemand par Jean Lacoste, édition établie par Rudolf Tiedemann. Paris: Cerf, 1989, 972 p.
- BERMAN, Marshal. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Trad. de Andrea Morales Vidal. México: Sigo XXI Editores, 1989, xii, 368 p.

- BLANCO, José Joaquín. *Empezaba el siglo en la ciudad de México*. México: Martín Casillas, 1983, 75 p. (Memoria y Olvido, Imágenes de México, 15).
- BRADING, David A. *Mito y profecía en la historia de México*. Trad. de Tomás Segovia. México: Vuelta, 1973, 210 p. (La Reflexión).
- . *Los orígenes del nacionalismo mexicano*. México: Ediciones Era, 1983, 142 p. (Colección Problemas de México).
- Breve reseña de las obras del desagüe del Valle de México*. México: Tipografía de Francisco Díaz de León, 1901, 20 p., planos, mapas.
- CAMPO, Ángel de. *Ocios y apuntes y la rumba*. Ed. y pról. de María del Carmen Millán. 6a. ed. México: Porrúa, 1981, xx, 344 p. (Colección de Escritores Mexicanos, 76).
- CARDOSO, Ciro. *México en el siglo XIX (1821-1910). Historia económica y de la estructura social*. 2a. ed. México: Editorial Nueva Imagen, 1981, 525 p.
- CARRANZA Castellanos, Emilio. *Crónica del alumbrado de la ciudad de México*. 4a. ed. México: Industrias Sola Basic, Nueva Dimensión Gráfica, 1991, 118 p., ilus.
- CIPOLLA, Carlo M. *Contra un enemigo mortal e invisible*. Trad. de Mireia Carol. Barcelona: Crítica, 1993, 200 p.
- COOPER, Donald B. *Las epidemias en la ciudad de México, 1761-1813*. México: Instituto Mexicano del Seguro Social, c. 1980, 263 p. (Colección Salud y Seguridad Social. Serie Historia).
- CORBIN, Alain. *El miasma y el perfume. El olfato y el imaginario social. Siglos XVIII y XIX*. Trad. Carlota Vallée Lazo. México: Fondo de Cultura Económica, 1987, 252 p. (Sección de Obras de Historia).
- . *Le miasme et la jonquille. L'odorat et l'imaginaire social. XVIII-XIX siècles*. Paris: Aubier, 1983, 334 p.

- Coss y León, Wendy B., ed. *Historia del Paseo de la Reforma*. México: Instituto Nacional de Bellas Artes, 1994, 109 p., ilus.
- CUMPLIDO Maroto, Ignacio. *Correspondencia de... a León Ortigosa, en la Biblioteca del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey*. Ed. por Sylvia Cárdenas y Delia Peña Guajardo. Monterrey: 1969, xx, 663 p.
- CURIEL Defossé, Fernando. *Paseando por Plateros*. México: M. Casillas Editores / SEP, 1982, 67 p., ilus. (Memoria y Olvido, Imágenes de México, 1).
- DEBROISE, Olivier. *Fuga mexicana. Un recorrido por la fotografía de México*. México: CNCA, 1992, 223 p., fotos.
- El espejo de las señoritas. Manual de preceptos morales, artes y recreación, ejercicios elegantes, y entretenimientos domésticos*. 2a. ed. Londres: Ackermann y Comp., 1835, grabados.
- EVEREART Dubernard, Luis. *México 1900*. México: Salvat, 1994, 169 p., ilus.
- FERNÁNDEZ de Lizardi, Joaquín. *La Quijotita y su prima, historia muy cierta con apariencias de novela*. 3a. ed. 4 v. México: Imprenta a cargo de Mariano Arévalo, 1936, ilus.
- FERNÁNDEZ del Castillo, Francisco. *Apuntes para la historia de San Ángel, San Jacinto Tenanitla y sus alrededores. Tradiciones, historia, leyendas*. México: Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1913, 253 p., ilus.
- FERNÁNDEZ Ledesma, Enrique. *Galería de fantasmas, años y sombras del siglo XIX*. Ilus. Fernando Leal y Gabriel Fernández Ledesma. México: México Nuevo, 1939, 242 p., ilus.
- . *La gracia de los retratos antiguos*. Pról. de Marte R. Gómez. México: Ediciones Mexicanas, 1950, 156 p.

- . *Historia crítica de la tipografía en la ciudad de México; impresos del siglo XIX*. México: Ediciones del Palacio de Bellas Artes, 1934-1935, 185 p., ilus.
- . *Viajes al siglo XIX. Señales y simpatías en la vida de México*. Aguafuertes y frontispicio de Francisco Díaz de León, grabados en madera de Gabriel Fernández Ledesma. México: 1930, 100 p.
- GALINDO y Villa, Jesús. *Reseña histórico-descriptiva de la ciudad de México que escribe... por encargo del señor presidente de la misma corporación, Guillermo Landa y Escandón y expresamente para los delegados a la Segunda Conferencia Internacional Americana*. México: Francisco Díaz de León, 1901, viii, 243 p., ilus.
- GARAY, FRANCISCO de. *El valle de México. Apuntes históricos sobre su hidrografía desde tiempos más remotos hasta nuestros días*. México: Secretaría de Fomento, 1988, 93 p.
- GARCÍA CUBAS, ANTONIO. *El libro de mis recuerdos*. México: Imprenta de Antonio García Cubas, 1904, 635 p., ilus.
- . *Geografía e historia del Distrito Federal*. 2a. ed. México: E. Murguía, 1894, 94 p.
- GONZÁLEZ, LUIS. "Balance del liberalismo", en *Obras completas*. México: Clío / El Colegio Nacional, 1999, t. 4, p. 165 y ss.
- . "El liberalismo triunfante", en *Obras completas*. México: Clío / El Colegio Nacional, 1999, t. 4, p. 53 y ss.
- GONZÁLEZ NAVARRO, MOISÉS. *Sociedad y cultura en el porfiriato*. México: CNCA, 1994, 326 p.
- GORTARI RABIELA, HIRA y REGINA HERNÁNDEZ FRANYUTI, comp. *Memoria y encuentros: La ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)* 3 v. México: Departamento del Distrito Federal / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1988.

- . *La ciudad de México y el Distrito Federal. Una historia compartida*. México: DDF / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1988, xv, 219 p., ilus.
- GROETHUYSEN, Bernhard. *La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII*. México: Fondo de Cultura Económica, 1943, 647 p.
- GUTIÉRREZ Nájera, Manuel. *Cuentos completos*. Pról., ed. y notas de E. K. Mapes, estudio preliminar de Francisco González Guerrero. México: Fondo de Cultura Económica, 1983, 531 p. (Colección Popular, 264).
- GUTIÉRREZ Nájera, Margarita. *Reflejo, biografía anecdótica de...* México: Instituto Nacional de Bellas Artes, 1960, 233 p.
- HERMOSA, Jesús. *Manual de geografía y estadística de la República Mexicana*. Ed. facs. París: Librería de Rosa Bouret, 1857, 256 p., ilus. (Enciclopedia Popular Mexicana. México: Instituto Mora, 1991).
- HERNÁNDEZ Franyutti, Regina, comp. *La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX*. 2 v. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1994.
- JIMÉNEZ Muñoz, Jorge. H. *La traza del poder. Historia de la política y los negocios urbanos en el Distrito Federal, de sus orígenes a la desaparición del Ayuntamiento (1824-1880)*. México: Dédalo, 1993, 300 p.
- JIMÉNEZ Rueda, Julio. *Letras mexicanas en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1944, 183 p. (Colección Tierra Firme, 3).
- LENS, Hans. *San Ángel, nostalgia de sus cosas idas*. México: Miguel Ángel Porrúa, 1996, 102 p., ilus.
- LIRA, Andrés. *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México. Tenochtitlán y Tlatelolco, sus pue-*

- blós y barrios, 1812-1919. México: El Colegio de México / El Colegio de Michoacán, 1983, 426 p.
- LOMBARDO de Ruiz, Sonia. *Antología de Textos sobre la ciudad de México en el periodo de la ilustración (1788-1792)*. México: INAH, 1982, 371 p. (Colección Científica, Fuentes, Historia Social, 113).
- LOMBARDO García, Irma. *Surgimiento de la empresa periodística. Siglo XIX, periodismo emergente*. México: 1997, 243 p. (Tesis de Maestría en Ciencias de la Comunicación, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales).
- LÓPEZ, Rafael. *La venus de la Alameda*. México: SEP, 1973, 186 p. (SepSetentas, 77).
- MACÍAS, Pablo. *Ignacio Cumplido. Impresor y periodista*. México: SEP, 1966, 61 p. (Cuadernos de Lectura Popular, 32. Serie La Victoria de la República).
- MARROQUI, José María. *La ciudad de México*. 3 v. México: Tip. y Lit. La Europea, 1900-1903.
- MARTÍNEZ, José Luis. *La expresión nacional. Letras mexicanas del siglo XIX*. México: Imprenta Universitaria, 1955, 307 p.
- MARTÍNEZ de la Torre et al. *Trabajos emprendidos para mejorar la salubridad del valle y la ciudad de México por una asociación de médicos, 1876 y 1877*. México: Imprenta de la Escuela de Arte y Oficios, 1877, 64 p.
- MATEOS, Juan. *Apunte histórico descriptivo del Valle de México y breve descripción de la obra del desagüe y del saneamiento de la capital*. México: Ayuntamiento de México, 1923, 38 p., ilus.
- Memoria histórica, técnica y administrativa de las obras del desagüe del Valle de México, 1449-1900*. 2 v. México: Tipografía de la Oficina Impresora de Estampillas, 1902, ilus., planos.

- Memoria de los trabajos ejecutados por el Consejo Superior de Salubridad en el año de 1911.* México: Imprenta de A. Carranza e hijos, 1912, 306 p.
- Memoria presentada al Congreso de la Unión, por el Secretario de Estado y del Despacho de Fomento, Colonización, Industria y Comercio de la República Mexicana, Vicente Riva Palacio, correspondiente al año transcurrido de diciembre de 1876 a noviembre de 1877.* México: Imprenta de Francisco Díaz de León, 1877.
- MONSIVAIS, Carlos. *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México.* 2a. ed. México: Ediciones Era, 1981, 366 p., ilus.
- MORENO Toscano, Alejandra. *Ciudad de México. Ensayo de construcción de una historia.* México: INAH, 1978, 235 p. (Colección Científica. Historia, 61).
- et al. *Fuentes para la historia de la ciudad de México.* Con una bibliografía sobre el desarrollo urbano y regional preparada por Luis Unikel. 2 v. México: Departamento de Investigaciones Históricas-INAH-Publicaciones del Seminario de Historia Urbana, 1984.
- MOTIS, Irene Elena. *La vida en la ciudad de México en las primeras décadas del siglo XIX.* México: Porrúa, 1973, 235 p., ilus.
- MUMFORD, Lewis. *The City in History.* London: Pelikan, 1979, 696 p.
- NORIEGA, Juan Manuel. *Curso de historia de las drogas.* México: Of. Tip. de la Secretaría de Fomento, 1902, 837 p.
- NOVO, Salvador. *Un año hace ciento. La ciudad de México en 1873.* México: Porrúa, 1973, xv, 178, 93 p., ilus.
- . *Coyoacán: monografía histórica.* Anotada por Héctor Azar, fotografías de Rubén Loza. México: Delegación Coyoacán / Edamex, 1994, 115 p., ilus.

- . *Historia y leyenda de Coyoacán*. México: Estudio de Salvador Novo / Delegación Coyoacán / Diana, 1995, xvi, 238 p.
- . *México, imagen de una ciudad*. Fotografías de Pedro Bayona. México: Fondo de Cultura Económica, 1967, 213 p.
- . *Los paseos de la ciudad de México*. México: Fondo de Cultura Económica, 1974, 63 p., ilus. (Testimonios del Fondo, 7).
- O'GORMAN, Edmundo. *México. El trauma de su historia*. México: UNAM, 1977, 119 p.
- ORTIZ de Ayala, Simón Tadeo. *Resumen de la estadística del Imperio Mexicano, 1822*. Estudio preliminar, revisión de texto, notas y anexos de Tarsicio García Díaz. México: UNAM-Biblioteca Nacional, 1968, 105 p., ilus. (Nueva Biblioteca Mexicana).
- . *México considerado como nación independiente y libre, o sean algunas indicaciones sobre los deberes más esenciales de los mexicanos*. Burdeos: Carlos Lawelle Sobrino, 1832, 598 p.
- PARKER, Robert B. *Miasma. Pollution and Purification in Early Greek Religion*. Oxford: Oxford University, 1983, xviii, 413 p.
- PAYNO, Manuel. *Artículos y narraciones, selección y prólogo de Francisco Monterde*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1945, xxix, 181 p., ilus. (Biblioteca del estudiante universitario, 58).
- PENAFIEL, Antonio. *Memoria sobre las aguas potables de la capital de México*. México: Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1884, 208 p., ilus.
- PÉREZ-Rayón Elizundia, Nora. *Entre la tradición señorial y la modernidad: la familia Escandón Barrón y Escandón Arango. Formación y desarrollo de la burguesía en México durante el porfiriato (1890-1910)*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Azcapotzalco, 1995, 380 p.

- PERLÓ Cohen, Manuel. *El paradigma porfiriano. Historia del desagüe del Valle de México*. México: Miguel Ángel Porrúa / UNAM-Instituto de Investigaciones Sociales, 1999, 314 p., ilus. (Colección de Ciencias Sociales).
- PEZA, Juan de Dios. *Recuerdos de mi vida. Cuentos, diálogos y narraciones anecdóticos e históricos*. México: Herrero Hermanos Sucesores, 1907, 223 p.
- PRIETO, Guillermo. *Cuadros de costumbres 1*. Compilación, presentación y notas Boris Rosen Jélomer, pról. Carlos Monsiváis. México: CNCA, 1993, 612 p. (Obras Completas, II).
- . *Memorias de mis tiempos*. 2 v. México: Librería de la Viuda de Ch. Bouret, 1906, [v I: 1828-1840, v II: 1840-1853].
- RAMÍREZ, José Fernando. *Memoria acerca de las obras e inundaciones en la ciudad de México*. Intr. y notas de Teresa Rojas Rabiela. México: Centro de Investigaciones Superiores, INAH, 1976, 254 p., ilus.
- Reflexiones y apuntes sobre varios objetos que interesan la salud pública y la policía particular de esta ciudad de México, si se adaptase las providencias o remedios correspondientes, 1788*. Versión paleográfica, introd., y notas de Ignacio González-Polo. México: Departamento del Distrito Federal, 1984, 155 p. (Colección Distrito Federal, 4).
- Las revistas literarias de México*. México: Instituto Nacional de Bellas Artes-Departamento de Literatura, 1963, 254 p., ilus.
- RÍO de la Loza, Leopoldo. *Escritos de Leopoldo Río de la Loza, compilados por el señor farmacéutico Juan Manuel Noriega y publicados por la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes en conmemoración del nacimiento de...* México: Ignacio Escalante, 1911, 463 p.

- RIVERA Cambas, Agustín. *México pintoresco, artístico y monumental*. 3 v. México: 1880-1883.
- ROMERO, José Luis. *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*. 2a. ed. México: Siglo Veintiuno Editores, 1976, 396 p.
- SEGURAJÁUREGUI, E. *Arquitectura porfirista. La colonia Juárez*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Azcapotzalco, 1990, 127 p., ilus.
- TABLADA, José Juan. *La feria de la vida*. México: CNCA, 1991, 342 p. (Lecturas Mexicanas, 22).
- TELLO Macías, Carlos. *El exilio. Un retrato de familia*. México: Cal y Arena, 1993, 479 p.
- URBINA, Luis G. *Cuentos vividos y crónicas soñadas*. México: Eusebio Gómez de la Puente, 1915, 318 p.
- VALADÉS, José C. *El porfirismo. Historia de un régimen*. 2 v. México: UNAM, 1977.
- VILLARROEL, Hipólito. *Enfermedades políticas que padece la capital de esta Nueva España en casi todos los cuerpos de que se compone y remedios que se le deben aplicar para su curación si se quiere que sea útil al Rey y al público*. México: Miguel Ángel Porrúa, 1982, LXV, xxii, 518 p., ilus. (Colección Tlahuicole, 2) [Facsimilar de la edición de Bibliófilos Mexicanos, 1937].
- VILLASEÑOR y Villaseñor, Ramiro. *Ignacio Cumplido, impresor jalisciense del federalismo en México y estudios biobibliográficos*. Guadalajara: Poderes de Jalisco, 1974, viii, 203 p.
- . *Ignacio Cumplido, impresor tapatío*. Guadalajara: Gobierno de Jalisco-Secretaría General-Universidad Editorial, 1987, 337 p.
- ZÁRRAGA, Fernando. *El libro de mis memorias. Semblanza de mis profesores*. 2 v. [México, sin año] [manuscrito propiedad de MPG].

<sup>1</sup> Adolfo Prantl y José. L. Groso. *La ciudad de México. Novísima guía universal de la capital de la República*. México: Juan Buxó y Cía., 1901, xxiv, 1005 p., ilus., p. 690. Esta guía lleva numerosas ilustraciones de la ciudad, con fotografías tomadas por el fotógrafo Charles B. Waite.

<sup>2</sup> Prantl y Groso, *opus cit.*, p. 690.

<sup>3</sup> Las torres de Catedral y el cerro de Chapultepec fueron los puntos de contemplación del valle de México consagrados por la mirada, romántica y científica, de Humboldt. Sin embargo, no fueron los únicos a lo largo del siglo XIX: basta recordar los óleos de José María Velasco. En el siglo XX, la región más transparente, sacralizada en la *Visión de Anáhuac*, es la referencia literaria más difundida acerca de la luminosidad de la atmósfera del valle, pero hay otras versiones que podrían incluirse en una antología que reuniera textos representativos de este arquetipo. Notable es la visión del arquitecto Jesús T. Acevedo quien, a principios de siglo, subraya la dispar diferencia entre la monumentalidad de los edificios coloniales de la ciudad y la falta de fuerza arquitectónica de las construcciones modernas. Aquí una parte del texto: "Y ningún espectáculo terrestre tenía para la delicia de nuestros ojos, el encanto verdaderamente sugestivo que nos ofrecía la Metrópoli, rica en linternillas decoradas con azulejos, cuando estos ardían, espejeantes bajo las mil flechas de oro del sol matinal. Grabado está en mi mente cual si este momento lo mirase, el caserío gris y misterioso: quebrado, bajo e irregular en los barrios apartados, blanquecino en los aristocráticos y centrales. Todas las modernas construcciones abdicaban de su expresión; se confundían, se aglomeraban atolondradas y medrosas. Y en aquel laberinto ciudadano que se extendía ceniciento hasta perderse de vista, únicos los monumentos coloniales triunfaban por las decididas curvas de sus duomos [...]".

A diferencia del autor de la *guía* (de Humboldt, de Velasco y de otros muchos), el arquitecto Acevedo escogió como punto de contemplación la terraza de la Academia. En ambas referencias, la luz del valle acentúa la grandiosidad del espectáculo: las luces suaves de la mañana en Acevedo y las luces del crepúsculo en la *guía*. Véase Jesús T. Acevedo. *Disertaciones de un arquitecto*. México: Ediciones México Moderno, 1920, 165 p., p. 59-60.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 687-688. La visión de la *Novísima guía* de Prantl y Groso (1900) descubre la expresión de una conciencia

que declara pertenecer a una generación que vive en una época de cambio y que exhibe la decisión de aniquilar las resistencias del pasado. No hay incertidumbre. Compara y distingue, contrasta las manifestaciones de la vida cotidiana del presente con los vestigios de la sociedad tradicional. Así, la modernidad ("el México de hoy") aparece como una época de ruptura con la tradición y de renovación de la historia.

De manera conspicua la *gufa* reproduce, en los linderos de la referencia, la épica del momento presente y la voluntad esforzada, heroica, de los actores de la modernidad. Tenuos ecos de la "voluntad de heroización del presente", de esa actitud respecto a "lo efímero, lo fugaz, lo contingente", que Foucault advierte en Baudelaire. Véase Michel Foucault, *Qué es la ilustración*.

<sup>5</sup> Este entusiasmo provocado por la renovación de la ciudad de México no es más que una extensión de la exaltación que se hizo de las grandes ciudades del siglo XIX. Es la exaltación de la gran ciudad como cristalización de los valores asociados al progreso y la modernidad.

<sup>6</sup> La conocida versión sobre las inmundicias que caracterizaban la vida de los barrios pobres, acuñada por Guillermo Prieto en sus *Memorias*, describe a grandes rasgos la fisonomía de la ciudad de México hacia mediados de siglo y revela las nociones culturales que dieron sustento a las transformaciones que propició el régimen de Díaz: "Ceñían aún a la Ciudad —escribió Prieto— grandes techos del todo des poblados, cruzados por ciénagas y zanjas, embarazados por muldares [...] En lo general las calles centrales eran como hoy, amplias, con buen empedrado algunas, con atarjeas y banquetas, aunque estrechas, cómodas; pero en los barrios eran el lodazal y el caño inmundito, la ausencia de alumbrado y las miserias humanas, entregadas a la más cínica publicidad.

A todos los vientos, las corrientes regulares de calles y casas, se interrumpían por tumultuosos laberintos de vericuetos, callejones, encrucijadas y marañas de pocilgas en zigzag, escondrijos y madrigueras de bípedos, no tomados en cuenta por la historia natural [...] los cerdos vagaban sin custodia por algunas plazuelas, y en los laberintos descritos algo indescriptible de gentes extrañas [...] las accesorias de las casas eran regularmente pulquerías, bodegones, atolerías, y abrigo de gente pobrísima y sucia, que por la estrechez de la localidad, estaba constantemente llena de basura y derrames que convertían el ambiente en peligro para los transeúntes". En *Memorias de mis tiempos*. 2 v. México: Li-

btería de la Vda. de C. Bouret, 1906, t. II, p. 300-303. Véanse los ensayos sobre la ciudad en el siglo XIX de Moisés González Navarro. Estos textos ilustran suficientemente sobre las inmundicias de la ciudad y las tribulaciones de la higiene y la salubridad porfirianas. En *Sociedad y cultura en el porfiriato*. México: CNCA, 1994, 326 p.

<sup>7</sup> Jesús Galindo y Villa. *La ciudad de México*. México: 1906, 149 p., p. 13.

<sup>8</sup> Manuel Gutiérrez Nájera. "Stora y las medias parisien-ses", en *Cuentos completos*. 2a. ed. México: Fondo de Cultura Económica, 1983, 531 p., p. 135. El título del artículo es una aportación del compilador, quien indica que ese texto formó parte de "Memorias de un vago", artículo publicado en 1881.

<sup>9</sup> Antonio Peñafiel. *Memoria sobre las aguas potables de la capital*. México: Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1884, 208 p., illus., p. 127.

Estas frases de Peñafiel tienen antecedentes en un texto de Leopoldo Río de la Loza, "Un vistazo al lago de Texcoco", donde aparece bien establecida la idea de que el lago de Texcoco ejercía "una influencia marcada y muy poderosa en la insalubridad del Valle", sobre todo en las zonas del noreste y del sureste de la ciudad. En *Escritos de Leopoldo Río de la Loza*. México: Ignacio Escalante, 1911, p. 182-192.

<sup>10</sup> *Breve reseña de las obras del desagüe del Valle de México*. México: Tipografía de Francisco Díaz de León, 1901, 20 p., planos, mapas, p. 20.

Esta idea publicitaria, que cierra la reseña preparada especialmente para los delegados al Congreso Panamericano, refrendó, en lo esencial, uno de los párrafos de un discurso leído por el presidente Díaz y dirigido al Congreso en abril de 1886. En aquella ocasión, el discurso de Díaz había apuntado el objetivo del proyecto de desagüe del valle: hacer de "la capital de la República, una de las ciudades más sanas y hermosas de América".

<sup>11</sup> El 8 de septiembre de 1876 apareció en *El Bien Público*, una carta dirigida al licenciado Rafael Martínez de la Torre, en la que se afirmaba con alarma y con evidente dramatismo: "El tifo invade ya los salones dorados [...] no basta ya la higiene privada para librarse del mal [...]". El autor de la carta, J. M. Castillo Velasco, exhortaba a Martínez de la Torre, "favorecido con los dones de la fortuna, que cuenta con simpatías de las clases acomodadas", a que tomara la iniciativa para corregir las "pésimas condiciones de higiene de la ciudad" mediante una obra en que el Ayuntamiento contara con la participación de los particulares.

<sup>12</sup> Como resultado del llamado de Castillo Velasco (véase nota anterior), entre los meses de septiembre y octubre de 1876, el licenciado Rafael Martínez de la Torre (quien fuera el iniciador del "ensanche de la ciudad de México") promovió la reunión de un grupo de médicos con el propósito de examinar las posibles formas de contener la severa epidemia de tifo que desde el año anterior era causa de numerosas desgracias en la población de la ciudad de México. Aunque no hubo coincidencia plena entre los médicos sobre la etiología del tifo, sí hubo un general acuerdo en que la insalubridad (inmundicias, aguas estancadas, focos de infección) era la causa que generaba el desarrollo de ciertas enfermedades ("las fiebres intermitentes, las remitentes, las perniciosas, las pseudo continuas y que ha favorecido el tifo") que agobiaban a la población de la ciudad de México. En consecuencia, la reunión dictaminó, entre otras providencias, que el desagüe del valle era la primera de las medidas de higiene pública indispensables para mejorar las condiciones de salubridad del valle. Véase Martínez de la Torre, *Trabajos emprendidos para mejorar la salubridad del Valle y de la ciudad de México, por una asociación de médicos, 1876 y 1875*. México: Imprenta de la Escuela de Artes y Oficios, 1877, 64 p., p. 15. Este folleto incluye, al final, las conclusiones del encuentro con el título de "Proposiciones aprobadas por el Congreso médico", 4 de octubre de 1876.

<sup>13</sup> En efecto, con anterioridad al triunfo de la revolución de Tuxtepec, en la sociedad había un interés manifiesto en conseguir que los actores principales de la sociedad concuerdaran en la realización de las obras de desagüe del valle que, se pensaba, eran el medio único para resolver en definitiva los problemas de la insalubridad.

El licenciado Rafael Martínez de la Torre, promotor de las reuniones de médicos que tuvieron lugar en el año de 1873, afirmó primero que la sociedad requería de la opinión de los médicos y que era necesario "el concurso del gobierno, el municipio y los particulares" para resolver los grandes males de la ciudad y, luego, dio por sentada la idea concluyente de que "México no puede ser salubre sino cuando la canalización del Valle se lleve a efecto".

En esta misma reunión, el médico Eduardo Liceaga, anticipándose a la opinión de sus colegas, leyó un escrito en que daba respuesta a unas preguntas que Martínez de la Torre le había formulado con antelación. Liceaga afirmó: "Si las enfermedades continúan aumentando en la capital [...] llegará un momento en que se hará inhabitable y perderá sus ventajas que su posición, su belleza y su cultura le han conquistado".

Propuso, en consecuencia, que era indispensable emprender un proyecto que diera movimiento a las aguas estancadas que engendraban venenos en la atmósfera y eran fuente de males para la población y para el valle. Con esta medida, pensaba, las aguas en movimiento llevarían consigo la purificación del aire y otros beneficios para la vida. Este mismo temor fue recogido por la comisión nombrada por la reunión de médicos para determinar sobre la higiene pública. Así, la comisión dictaminó: "la capital llegará a ser en pocos años, inhabitable y tal vez una de las más insalubres del globo".

En rigor, Liceaga sólo repetía una idea, ampliamente difundida en ese tiempo, sobre la higiene y la canalización de las aguas pantanosas, apoyado en un texto de medicina famoso: *Leçons de Clinique medicale* de Robert J. Graves, un médico escocés de reconocida autoridad entre los profesionales de la medicina.

<sup>14</sup> El 9 de febrero de 1886, Manuel Romero Rubio instaló oficialmente La Junta directiva de los trabajos y administrativos de los fondos del Desagüe del Valle de México que se haría cargo de las obras del desagüe. En la versión oficiosa del ingeniero Luis Espinosa, la iniciativa para proseguir con los trabajos del desagüe, entonces suspendidos, partió de Manuel María Contreras, quien contó con el apoyo de Pedro Rincón Gallardo. "Reseña histórica y técnica de las obras...", en *Memoria histórica, técnica y administrativa de las obras del desagüe del Valle de México, 1449-1900*, p. 377-378.

En un estudio monográfico sobre las obras del desagüe del valle, publicado recientemente, el autor se pregunta con insistencia sobre las razones que motivaron a Díaz para emprender estas obras. Sus respuestas, de novedosa apariencia, redundan en la hiper glorificación de Porfirio Díaz, al que llama "el Fausto mexicano". Véase Manuel Perló Cohen. *El paradigma porfiriano. Historia del desagüe del Valle de México*. México: Instituto de Investigaciones Sociales / Miguel Ángel Porrúa, 1999, 314 p., ilus.

<sup>15</sup> ¿Cómo y dónde conoció Porfirio Díaz a Carmen Romero Rubio? Esta historia de alcoba está por escribirse. Dicen las habladoras que Carmen era quien gobernaba, y no Porfirio. Y cuentan las malas lenguas que en esta historia con visos de telenovela, Eduardo Liceaga, el mismo médico que figura entre los promotores del desagüe del valle, jugó un secundario pero útil y "bonito papel", que más tarde le produciría buenos beneficios: fue el *chaperón* de los novios. Liceaga fue testigo de Carmen en la boda civil con Porfirio. Según Carlos Tello Macías, era amigo de Díaz y

asegura que los dos tomaron lecciones de inglés con Carmen. Véase *El exilio. Un retrato de familia*. México: Cal y Arena, 1993, 479 p., p. 193.

El médico Fernando Zárraga refiere, por otra parte, que "Carmelita" padecía de fiebres intermitentes y sostiene, además, que su colega Liceaga supuso erróneamente, divulgado ya el descubrimiento de Laveran, que las "calenturas vespertinas pequeñas, sin calosfrío, sin sudores, sin cefalalgia, sin raquialgia, sin splenomegalia..." que sufría doña Carmen eran de origen palúdico. Así, de ser ciertas la ignorancia y el servilismo que le atribuye Zárraga, ese médico afamado sería el responsable de un acto que hoy, sin duda, podría definirse con un lindo sustantivo: estupidez. Afirma Zárraga que "Como higienista [Liceaga] mandó cegar un canal en Chapultepec, canal en que remábamos y que servía para alimentar la parte más hermosa del bosque, la gran rotonda de ahuehuetes centenarios, pues inventó que las calenturas de Carmelita eran palúdicas y que la causa era el canal y en 89, los árboles gigantescos [...] estaban totalmente secos y hubo necesidad de derribarlos. Una belleza natural fue destruida por la ignorancia de este señor [...]", *El libro de mis memorias. Semblanza de mis profesores* [manuscrito propiedad de MPC] p. 41.

<sup>16</sup> En la sesión de instalación oficial de la Junta del desagüe, Manuel Romero Rubio, ministro de Gobernación y padre de Carmelita, agradeció a los miembros de la Junta, "por encargo especial del Presidente de la República, quien ha visto con el mayor agrado el afán con que desean ustedes llevar a cabo la insigne obra de dar salud y vida a nuestra malsana Capital". El presidente de la Junta, Pedro Rincón Gallardo, reconoció en esa fecha la importancia de la obra destinada a modificar la pésima situación de la capital. Véase Rosendo Esparza, "Reseña administrativa y económica de la Junta directiva del desagüe del Valle de México", en *Memoria histórica, técnica y administrativa de las obras del desagüe del Valle de México, 1449-1900*, p. 530.

<sup>17</sup> La desecación de los lagos y zonas pantanosas que rodeaban la ciudad de México, promovida por los higienistas mexicanos, tuvo antecedentes conceptuales reconocibles en la racionalidad del siglo XVIII. El historiador francés Alain Corbin se refiere a los conceptos de circulación y movimiento subyacentes en las "estrategias" de desodorización empleadas por la política sanitaria: "Desecar la ciudad por medio del drenaje es desatar el estancamiento pútrido genealógico, preservar el porvenir de la ciudad, asegurar, mediante la técnica, la regularización que la naturaleza sola

no sabría operar en esos lugares". Alain Corbin. *El perfume o el miasma. El olfato y lo imaginario social, siglos XVIII y XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987, 252 p., p. 107. Es visible la influencia de esta obra en la historiografía mexicana que se ocupa principalmente de la historia de la ciudad de México. Los trabajos de Marcela Dávalos, entre otros, son una expresión de esta influencia. El texto que transcribimos proviene en lo fundamental de la edición española, pero hemos tenido a la vista la edición francesa: *Le miasme et la jonquille. L'odorat et l'imaginaire social, 18e-19e siècles*. París: Aubier Montaigne, 1983.

<sup>18</sup> En 1906 La guía de Galindo y Villa confirmaba la patente importancia que este hecho había representado en la renovación de la ciudad: "Una de esas obras trascendentales es el saneamiento de México, que ha hecho desaparecer los imperfectos y vetustos conductos desagüadores de la época colonial". Galindo y Villa, *opus cit.*, p. 13.

<sup>19</sup> Prantl y Grosó, *opus cit.*, p. 689.

<sup>20</sup> Véase la crónica de Ignacio Manuel Altamirano "Crónica de la semana. Una visita a la Candelaria de los patos", en *El Renacimiento. Periódico literario*. 2 t. México, 1869, t. I, p. 150.

<sup>21</sup> Prantl y Grosó, *opus cit.*, p. 703.

<sup>22</sup> *Proyecto de la comisión [de paseos] para reponer el paseo de la Reforma*. 1873. 28 f. Archivo histórico de la ciudad de México. Paseo de la Reforma, 1866-1907 [3583] f. 1.

<sup>23</sup> *Ibid.*, f. 5.

<sup>24</sup> La farmacopea del siglo XIX atribuía efectos antipútridos a las hojas de los eucaliptos. Un texto de principios de siglo veinte registra: "las hojas se han empleado al exterior, en infusión, como antipútridas, y en inyecciones contra la hemorragia. Se suelen usar en polvo como antipalúdicas. Sirven para preparar cigarrillos antiasmáticos", en Juan Manuel Noriega. *Curso de historia de las drogas*. México: Of. Tip. de la Secretaría de Fomento, 1902, 837 p., p. 536.

<sup>25</sup> *Proyecto...*, f. 1. Este párrafo del proyecto compendia ciertas ideas de la medicina ilustrada de mediados de siglo que ven las causas de las enfermedades en los miasmas que corrompen el aire y que provienen de las emanaciones pútridas que se producen en las aguas estancadas y en el hacinamiento urbano. Desde el siglo dieciocho estas ideas sobre las causas de la insalubridad organizaron racionalmente los proyectos y las obras civiles de reordenamiento de las ciudades. El campo y sus representaciones urbanas (los jardines, los paseos) aparecen entonces como depositarios de los bienes saludables del aire puro y medicina necesaria

para combatir las atmósferas asfixiantes y venenosas de la ciudad.

<sup>26</sup> *Ibid.*, f. 5v.

<sup>27</sup> *Ibid.* Los mexicanos, dice Altamirano, juzgaban "una cosa muy agradable y de mucho tono ir metidos en un coche a dar vueltas al lodazal en Bucareli", "Crónica de la semana", en *El Renacimiento...* México, 1869, t. i, p. 254.

<sup>28</sup> *Proyecto...*, f. 1.

<sup>29</sup> En 1873 la teoría de los miasmas estaba en plena vigencia entre los médicos de la ciudad de México. En esta década se habla del tifo como "una afección miasmática" y se refiere que "La materia específica productora del tifo exantemático no es un virus, como lo asientan algunos, y si un miasma infeccioso que se generaliza periódicamente transmitiéndose de la atmósfera." Véase Martínez de la Torre, *Trabajos emprendidos para mejorar la salubridad del Valle...* p. 15, 26.

<sup>30</sup> En esos años se inicia en Inglaterra la promoción del empleo del oxígeno con fines terapéuticos: "The inhalation of oxygen gas and atmospheric air, when mixed in proper proportions, is a singularly successful remedy in various diseases which are not curable by ordinary methods of treatment", George Barth. *Oxygen. A Remedy in Disease*. London: 1870, 32 p.

<sup>31</sup> Alain Corbin refiere los antecedentes europeos de esta noción que orienta la preocupación de la decimonónica Comisión de paseos: "Las prescripciones médicas destinadas a detener las fiebres pútridas y aplastar los miasmas; la ansiedad metafísica que genera la marcha de la putrefacción en lo más profundo del ser; el ascenso del narcisismo y el deseo de disponibilidad olfativa que suscita; la voluntad de someterse al acecho de los olores naturales, que revelan la existencia del yo y la armonía del mundo; el miedo provocado por las emanaciones sociales aún confusas e indiferenciadas, confluyen para promover las estrategias de la desodorización, puestas en marcha a partir de mediados del siglo xviii", A. Corbin, *opus cit.*, p. 101.

<sup>32</sup> Guillermo Prieto. "Cartas sobre México II. Alameda y Bucareli", en *El Museo Mexicano*. México: Imprenta de Ignacio Cumplido, 1843, p. 377-380. [Subrayados de MPC]

<sup>33</sup> Manuel M. Payno. "Viaje sentimental a San Ángel", en *Artículos y narraciones*. Selec., pról. de Francisco Monterde. México: UNAM, 1945, xxix, 182 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 51), p. 45-60. [Subrayados de MPC]

<sup>34</sup> I. G. "La Alameda de México", en *Semanario de las Señoritas*, 1841, t. i, p. 37-38. [Subrayados de MPC]

<sup>35</sup> José Ignacio Bartolache. "Avisos acerca del mal histérico, que llaman latido", en *Mercurio volante* (1772-1773). Introd. de Roberto Moreno. México: UNAM, 1979, XLVII, 202 p. (Biblioteca del estudiante universitario, 101), p. 55-64.

<sup>36</sup> J. I. Bartolache. "Consejos para vivir mucho tiempo", en *Mercurio volante...*, p. 109-152. Sin tomar en cuenta el hecho mismo de que Bartolache juzgara al texto de Cornaro como "uno de los más apreciables tratados que salieron a la luz pública", Roberto Moreno, quien fuera estudioso de la ciencia ilustrada mexicana, en la introducción a esta edición del *Mercurio Volante* reprobó, sin exponer las razones de su comentario, que Bartolache hubiera "gastado tanto papel en la traducción" de esos consejos para vivir muchos años. Sin embargo, la intuición y la perspicacia de Moreno suavizaron de inmediato el filo de su afirmación. "Con todo, —escribió— es interesante observar en este texto el ideal burgués de la vida apacible y arreglada". Hay sin duda en la afirmación de Moreno, un manifiesto desdén hacia un aspecto relevante del pensamiento ilustrado: se puede decir que el siglo XVIII es tanto el siglo de las luces como el siglo de la búsqueda de la felicidad. [Subrayados de MPG]

<sup>37</sup> Véase nota 17.

<sup>38</sup> *Reflexiones y apuntes sobre varios objetos que interesan la salud pública y la policía particular de esta ciudad de México, si se adaptasen las providencias o remedios correspondientes, 1788*. Versión paleográfica, intr. y notas de Ignacio González-Polo. México: Departamento del Distrito Federal, 1984, 155 p. (Colección Distrito Federal, 4). Este documento lo dio a conocer hace ya muchos años Ignacio González-Polo quien, sin aportar en ese entonces las razones definitivas, supuso que el autor sería el licenciado Baltasar Ladrón de Guevara. Unos años después, Sonia Lombardo hizo énfasis en señalar la importancia que tiene este documento en la comprensión de la historia de la ciudad. Véase "Ideas y proyectos urbanísticos de la ciudad de México, 1788-1850", en *Ciudad de México. Ensayo de construcción de una historia*. México: INAH, 1978 (Colección Científica. Historia, 61), p. 169-188. Desde entonces los aficionados a develar los nombres que se ocultan en el misterio del anonimato están a la espera de que González-Polo publique algún día los incontrovertibles documentos probatorios de sus suposiciones.

<sup>39</sup> *Reflexiones...*, p. 83.

<sup>40</sup> Sonia Lombardo ha señalado con acierto el relieve que tiene el capítulo de jardines y paseos. Además, dice: "En él es claro el ideal estético urbano que viene a ser una trasposición de la jardinería palaciega de la época barroca, que

tuvo Versalles como modelo", "Ideas y proyectos urbanísticos...", p. 172.

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 83.

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 84.

<sup>43</sup> *Ibid.* "A los árboles y principalmente a sus ramas puede darse cuando tiernas, la dirección o figura que se quiera, siendo muy conveniente enlazarlas o unirlas con las de los lados y las de la línea opuesta, para que en algunos trechos o calles formen totalmente sombra [...] y en la hora del medio día, proporcionen un refrigerio y descanso". [Subrayados de MPC]

<sup>44</sup> *Ibid.* "El terreno de las interiores o avenidas para el tránsito a pie habría de estar aunque con alguna elevación en el medio, enteramente llano y sin piedras o matas [...] debiendo procurarse haya solamente las yerbas que por su naturaleza quedan siempre bajas [...] formando un pavimento o superficie vestida de verdes distintos y suave al huella". [Subrayados de MPC]

<sup>45</sup> *Ibid.* "En los lindes, bordos o extremos de los canales de agua, corresponde poner siempre algunas plantas aromáticas [...] la yerbabuena, el mastuerzo, el poleo, la manzanilla, el romero, el tomillo, la ruda, y otras que embalsaman la atmósfera con sus efluvios, facilitan una respiración tan saludable como agradable." [Subrayados de MPC]

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 84-85. "Y esto mismo se aseguraría con cuatro o cinco jazmines, que siendo arbusto de clase de las parásitas o enredaderas, subirán sus vástagos o ramos a el árbol en cuyo pie se plantase y quedaría su flor en lo alto sin que pudiesen quitarla".

<sup>47</sup> Nos referimos a la autoría intelectual del texto del Proyecto de 1873. Es un hecho bien conocido que la arboleda de eucaliptos y fresnos de la porfiriana calzada del Paseo de la Reforma fue plantada por las diligencias de Ignacio Cumplido, en sus funciones de regidor del Ayuntamiento. Esto es lo que asume Salvador Novo cuando escribe lo siguiente: "Gran tipógrafo, se comprende bien que en 1873 y como regidor de Paseos del H. Ayuntamiento, se haya propuesto dar, tanto a la Alameda cuanto al naciente Paseo de la Reforma, encuadramientos refinados, bellas márgenes, hermosas capitulares y viñetas, guardas y pastas, cantos dorados y tejuelos; y que se esforzase en purgar ambos paseos de las erratas vegetales que los afeaban", "El Paseo de la Reforma", en *Los paseos de la ciudad de México*. México: Fondo de Cultura Económica, 1974, 63 p., illus. (Testimonios del Fondo, 7), p. 38.

<sup>48</sup> Salvador Novo. *Un año hace ciento*. México: Porrúa, 1973, xv, 93 p., p. 116-120. (El texto íntegro del Proyecto aparece

en el apéndice). *El Siglo Diez y Nueve*, periódico de Ignacio Cumplido, publicó el proyecto en la entrega del 8 de enero de 1873.

<sup>49</sup> Agradezco a la maestra Irma Lombardo García su generosidad al permitirme la consulta de su tesis sobre la empresa periodística de Ignacio Cumplido.

<sup>50</sup> Es probable que este pequeño y raro volumen de jardinería sea una traducción. Lleva el célebre pie de imprenta de I. Cumplido, año de 1840, calle de los Rebeldes número 2. Hasta hoy no tengo conocimiento de otros manuales sobre cultivo de plantas o jardinería editados en México en años anteriores a 1840. En el *Calendario de las señoritas mejicanas...*, impreso en Francia y editado por Galván en el año de 1838, aparece un artículo sobre el cultivo de las flores.

<sup>51</sup> "Prospecto", en *El Semanario de agricultura*. México: Imprenta de Ignacio Cumplido, 1840, p. 3-9.

<sup>52</sup> "Utilidad de las plantas", en *El Mosaico Mexicano, o colección de amenidades curiosas e instructivas*. México: Ignacio Cumplido, 1836-1837, 1840-1842, t. iv, p. 218.

<sup>53</sup> "Los placeres del campo", en *El Mosaico...*, t. v, p. 199-200.

<sup>54</sup> La tipografía "romántica" tiene en Ignacio Cumplido a su mejor exponente. Numerosas ediciones manifiestan la pulcritud y el gusto tipográficos de Cumplido. Enrique Fernández Ledesma, autoridad única y escritor de sensibilidad singular escribió lo siguiente a propósito del primer volumen editado con el título de *Presente amistoso*: "en el 47 lanza la primera versión —en cuanto a formato— de ese erguido monumento de gracia, de finura y de carácter, que se llama *Presente amistoso de las señoritas mejicanas*, célebre en los fastos bibliográficos de mediados de siglo [...] hecho en primorosa didot anglicana, con encuadramiento de riquísimas orlas en cada página", en *Historia crítica de la tipografía en la ciudad de México. Impresos del siglo XIX*. México: Ediciones del Palacio de Bellas Artes, 1934-35, 185 p., p. 80. Véase también el ensayo "Ignacio Cumplido", que forma parte de un ejemplar sobresaliente de la tipografía mexicana de la primera mitad del siglo veinte, ilustrado con aguafuertes de Francisco Díaz de León y capitulares de Gabriel Fernández Ledesma; "compuesto con tipo movable [...] fundido en 1840 y que pertenece a una de las castas que trajo a México don Ignacio Cumplido", en *Viajes al siglo XIX. Señales y simpatías en la vida de México*. México: 1933, 100 p., grabados.

<sup>55</sup> Entre otros, y en otros tiempos, José Luis Martínez y Antonio Acevedo dedicaron muy significativas líneas en

que apuntan la importancia que revisten para la historia de la tipografía mexicana, los tomos del *Presente...* y el arte tipográfico de Ignacio Cumplido.

<sup>56</sup> Un ejemplo: Margarita, Manuela, Felicitas y Josefa, los nombres de la esposa y las hijas de Benito Juárez, aparecen en la orla de la portada del *Presente...* que hemos referido.

<sup>57</sup> Véase Luis González y González. "Balance del liberalismo mexicano", en *Obras completas*, t. iv, p. 170.

<sup>58</sup> Guillermo Prieto, *opus cit.*, t. ii, p. 334.

<sup>59</sup> Francisco Fernández del Castillo. *Apuntes para la historia de San Ángel (San Jacinto Tenanitla) y sus alrededores. Tradiciones, historia, leyendas, etc.* México: Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1913, 253 p., ilustr., p. 106.

<sup>60</sup> M. Payno, *opus cit.*, p. 52.

<sup>61</sup> *Proyecto...*, f. 5.

<sup>62</sup> Este volumen de formato menor lleva el siguiente subtítulo: *Manual de preceptos morales, artes de recreación, ejercicios elegantes, y entretenimientos domésticos*. 2a. ed. Londres: Ackermann y Comp., 1835, grabados. Al ejemplar que poseo le falta el pliego final, llega hasta la página 240. La portada imita un espejo de estilo inglés, ricamente ornamentado. Título y ornamentos dorados.

<sup>63</sup> Marcos Arróniz. "La madre de familia", en *Presente amigoso. Dedicado a las señoritas mexicanas*. México: I. Cumplido, 1851, p. 82-83.

<sup>64</sup> Edmundo O'Gorman. "Precedentes y sentido de la Revolución de Ayutla", en *Seis estudios históricos de tema mexicano*. México: Universidad Veracruzana, 1960, 220 p., p. 120.

<sup>65</sup> Este pasaje es la primera mención que hemos hallado en las letras mexicanas (nacionales) donde se pregonan los beneficios que producen los aires limpios del campo en el carácter femenino y en las costumbres y la moral de la ciudad. Joaquín Fernández de Lizardi. *La quijotita y su prima. Historia muy cierta con apariencias de novela*. 3a. ed. 4 v. México: Imprenta a cargo de Mariano Arévalo, 1936, t. iii, p. 5-6. La primera edición se publicó parcialmente en 1818-1819. La segunda edición, y la primera completa, en cuatro volúmenes, se publicaron con el pie de Imprenta de Altamirano en 1831-1832. La tercera edición, que es la que utilizamos, se ilustra con algunos grabados. Nota curiosa para la historia del paisaje en México: en el grabado que figura en el tomo iii, p. 143, y que representa el interior de una estancia amueblada con dos sillas y un piano, habitada por seis personajes, cuelga de la pared un diminuto paisaje (arquetípica factura infantil: el sol, el cielo, una casita, unos árboles).

<sup>66</sup> Manuel Gutiérrez Nájera. "Memorias de un paraguas", en *Cuentos...*, p. 243-251. Corbin escribe en el apartado que dedica a las sensaciones olfativas y la felicidad de la moral sensualista, lo siguiente: "la primera de las técnicas de la felicidad [...] Probar los verdaderos placeres del olfato supone, pues, una huida previa, lejos de los lodazales y estercoleros; lejos de la putrefacción de los cuerpos vivos, de los sitios confinados de la ciudad y de los terrenos angostos del valle. El campo impone la huida", A. Corbin, *opus cit.*, p. 92.

<sup>67</sup> Véase a guisa de ejemplo las *Memorias de mis tiempos*, en las que Prieto dedica unos párrafos a las temporadas de verano que pasaban en San Ángel las familias distinguidas de la sociedad mexicana.

<sup>68</sup> "De modo que Tacubaya no es más que la decoración teatral, mientras que San Ángel es la realidad del campo". "En San Ángel, los que eran *lionés* y *lionas* en México, se convierten en pastorcitos de Gessner y regalan sus estómagos juveniles con fresas en leche". Véase "Crónica de la Semana", en *El Renacimiento...* t. I, p. 353-358.

<sup>69</sup> Véanse algunos pormenores sobre los fraccionamientos y la especulación de terrenos en la ciudad de México, en Jorge H. Jiménez Muñoz. *La traza del poder. Historia de la política y los negocios urbanos en el Distrito Federal. De sus orígenes a la desaparición del Ayuntamiento (1824-1928)*. México: Dédalo, 1993, 300 p., ilus.

<sup>70</sup> *Nueva guía manual de forasteros en la ciudad de México*. México: Antigua Imprenta de Murguía [c. 1904] 121, 78 p., p. 72-73. [Subrayados de MFG]

<sup>71</sup> Luis G. Urbina. "Máscaras viejas", en *Cuentos vividos y crónicas soñadas*. México: Eusebio Gómez de la Puente, Editor, 1915, 318 p., p. 241-243.

<sup>72</sup> Ignacio Cumplido murió el 30 de noviembre de 1887.

<sup>73</sup> Los estudios sobre la ciudad de México han confirmado lo que en su momento resaltaron los planos editados a finales del régimen de Díaz: entre 1858 y 1910 se produce una gran expansión de la ciudad. En ese lapso casi se quintuplicó el área construida. Véase María Dolores Morales, "La expansión de la ciudad de México; el caso de los fraccionamientos", en *Ciudad de México. Ensayo de construcción de una historia*. México: INAH, 1978 (Colección Científica. Historia, 61), p. 190-191. Según las estimaciones de Jesús Galindo y Villa, en 1906 la ciudad había triplicado su superficie en los últimos veinticinco años: la "fiebre de construcciones modernas" y el "desarrollo y efectivo progreso de la población [habían] elevado de un año a otro el

valor de la propiedad urbana de modo considerable", Galindo y Villa, *opus cit.*, p. 15. Véase el plano titulado *México en 1810, 1876 y 1909. Plano de la Ciudad. Su progreso durante el gobierno del señor general de división Porfirio Díaz*. Litografía y grabado A. Portilla [plano suelto a color].

<sup>74</sup> S. G. Vázquez. *México y sus alrededores. Guía descriptiva ilustrada*. México: Imprenta Lacaud, 1910, 234, 45 p., p. 136.

<sup>75</sup> S. G. Vázquez, *opus cit.*, p. 63-64.

<sup>76</sup> Prantl y Groso, *opus cit.*, p. 690.

<sup>77</sup> S. G. Vázquez, *opus cit.*, p. 63-64.

<sup>78</sup> José Juan Tablada. *La feria de la vida*. México: CNCA, 1991 (Lecturas Mexicanas, 22), 342 p., p. 319.

<sup>79</sup> "Con estos edificios se inicia en la ciudad de México el desarrollo de lujosas viviendas campestres y suburbanas semejantes a las que la alta burguesía europea había erigido años antes [...] El paseo de la Reforma —junto con la colonia Juárez— se convirtió en lugar de exhibición de gustos, caprichos y extravagancias en las viviendas de la alta burguesía", Vicente Martín Hernández. *Arquitectura doméstica de la ciudad de México, 1890-1925*. México: UNAM, 1981, 262 p., ilus., p. 77-80.

<sup>80</sup> Galindo y Villa, *opus cit.*, p. 13.

<sup>81</sup> Agustín Rivera Cambas, reconocido cronista de la ciudad porfiriana, escribe: "las dos calles de Plateros son las más concurridas por las familias elegantes de la capital [...] allí se exhiben todos los más vistosos peinados, los trajes y los adornos de mejor gusto y mayor efecto; en las calles de Plateros están situados los más elegantes establecimientos comerciales de la capital y en ellos se dan cita la riqueza, el buen tono y la última moda", en *México pintoresco, artístico y monumental*. México: 1880, t. I, p. 199-200.

<sup>82</sup> S. G. Vázquez, *opus cit.*, p. 123-124.

<sup>83</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, en *El Partido Liberal*, 4 de enero de 1887. Citado en Margarita Gutiérrez Nájera, *Reflejo, biografía anecdótica de...* México: Instituto Nacional de Bellas Artes, 1960, 233 p., p. 41.

<sup>84</sup> "Ofase cerca un sordo rumor, algo como un torrente, algo como un desplome de piedras que rueda: eran los coches que volvían del Paseo... a otro lado el ruido del tumultuoso regreso de los paseantes [...] veíase desfilar a lo lejos las linternas de los coches, el relampagueo del barniz, los arneses chispeantes, fingiendo una procesión de antorchas pasaban por la bocacalle; trajes claros, jinetes encorvados, grupos de infantes que se perfilaban en la sombra, se detenían en las esquinas para no ser atropellados por ese desbordamiento de trenes", en *Ocios y apuntes y La rumba*,

6a. ed. México: Porrúa, 1981, xx, 344 p. (Colección de Escritores Mexicanos, 76), p. 203-206.

<sup>85</sup> "Otro paseo de moda, hermoso y pintoresco [...] lo forman las aristocráticas calles de Plateros, donde se reúne toda la gracia y todo el *chic* mexicano [...] Al anochecer o más bien noche ya, llegan a estas calles los carruajes que regresan de la Reforma y es costumbre pasear en ellos, lentamente, durante una hora, desde la esquina de la plaza Constitución hasta las calles de San Francisco. Si el arroyo se ocupa con las dos interminables filas de carruajes que van y vienen, las aceras se llenan de paseantes a pie, entre ellos se ven muchas señoras y niñas. La animación entonces es vivísima, y el forastero no acostumbrado a estos brillantes espectáculos de las grandes ciudades, se siente deslumbrado por el relampagueo de las joyas y los visos del raso y desvanecido por el perfume delicado que brota de aquellas hermosas esclavas de la diosa Moda." Véase Figueroa Domenech, *Guía general descriptiva de la República Mexicana*. T. 1. El Distrito Federal. México: Araluce [c. 1899], 775 p., p. 160-161.

<sup>86</sup> Galindo y Villa, *opus cit.*, p. 13.

<sup>87</sup> Luis G. Urbina. "Una ciudad triste y un pueblo enfermo", en *Cuentos vividos...*, p. 302-307.

<sup>88</sup> José Juan Tablada, *opus cit.*, p. 107. En la visión de Tablada, la calle de Plateros era una "vía de vanaglorias y elegancias callejeras; teatro de tertulias al aire libre y palestra o *espoliarium* de críticas y murmuraciones [...]".

<sup>89</sup> Tablada recuerda: "Aquel afrancesamiento a ultranza que fue como prolongada escarlatina de nuestros veinte años, nos hacía llamar a Plateros aunque sin árboles el *boulevard...*", *ibid.*, p. 109.

<sup>90</sup> José C. Valadés. *El porfirismo. Historia de un régimen*. 2 v. México: UNAM, 1977, t. II, p. 83. Valadés dedica el capítulo IX del segundo tomo de esta historia a la ciudad de México, donde apunta inicialmente que la política del régimen porfiriano pretendió "proporcionar a la capital mexicana todos los aditamentos de una urbe", que hizo de la capital "una ciudad dispendiosa para la economía del país".

<sup>91</sup> Olivier Debrouse. *Fuga mexicana. Un recorrido por la fotografía de México*. México: CNCA, 1994, 223 p., fotos, p. 144.

<sup>92</sup> Ramón López Velarde. "Novedad de la patria", en *El Maestro. Revista de cultura nacional*. México: Universidad Nacional, 1921, núm. 1, p. 61-63.

## Fotografías

Poniente de la ciudad de México, en Guillermo Tovar y de Teresa. *La ciudad de los palacios: crónica de un patrimonio perdido*. México: Fundación Cultural Televisa / Espejo de Obsidiana / Vuelta, 1991, p. 74.

Abel Briquet. Paseo de la Reforma. Entrada al Paseo de la Reforma, en *Luz y tiempo*. Colección formada por Manuel Álvarez Bravo para la Fundación Cultural Televisa. México: Fundación Cultural Televisa / Centro Cultural Arte Contemporáneo, 1995, p. 186, 200.

Plateros, en Fernando Benítez. *Historia de la ciudad de México*. México: Salvat, 1984, t. 6, p. 106.



Agradecemos a la licenciada Sonia Salazar su colaboración en la localización de imágenes en el acervo de la Biblioteca Nacional de México.